

A pair of hands, one from the left and one from the right, are shown holding a small, realistic Earth. The hands are positioned as if they are gently cradling the planet. The background is a dramatic cosmic scene, featuring a dark space filled with stars and a vibrant, glowing nebula in shades of red and orange at the top. Below the hands, the background transitions into a bright blue sky with soft, white clouds.

ESPERANZA
EN MEDIO
DEL CAOS

Mark Finley

Contenido

Mensaje personal de Mark Finley2

1. Volver a tener Eperanza3

2. Tres secretos para encontrar la paz duradera.....8

3. El panorama general de la profecía.....14

4. Afrontando el futuro con mayor confianza20

5. Preparados para su Regreso.....27

6. Las Buenas Noticias del Juicio.....33

7. Soplan vientos poderosos.....39

8. Las naciones oirán.....45

Mensaje personal de Mark Finley

Durante los últimos cincuenta años, he viajado por el mundo compartiendo las verdades de la palabra de Dios con millones de personas. Desde tiempos recientes, vengo notando que cada vez más personas se preocupan por el futuro. «Preocupan» puede que no sea una palabra lo bastante intensa. Muchas de ellas tienen miedo. Tienen miedo del mundo en el que se criarán sus hijos, e incluso de que el mundo tal como hoy lo conocemos ya no exista entonces. Pero este libro no se centra en el miedo. Se centra en la esperanza. Estoy convencido de que no escogiste este volumen porque querías que te asustaran con lúgubres estadísticas relativas al mal en el mundo. Lo tienes en tus manos porque necesitas esperanza; esperanza para hoy, para mañana y para siempre. Cada capítulo de este libro está impregnado de un mensaje de esperanza. En sus páginas descubrirás a un Dios que te ama más de lo que nunca podrías concebir, y que este Dios tiene un plan increíble para tu vida. Conocerás el programa de rescate divino para este planeta extraviado y entenderás de manera más precisa los acontecimientos que hoy se están desarrollando en su seno. Pero lo mejor de todo es que tendrás la revelación de la Palabra de Dios sobre cómo terminará este mundo. El fin de la enfermedad, del sufrimiento, de las lágrimas y de la muerte se aproxima, pues Jesús nos promete un mundo nuevo por entero. Él viene pronto para llevarte a casa, y de esto trata este libro, así que sigue leyendo y llénate de esperanza.

Mark Finley

1. Volver a tener Esperanza

En 1991, cuando se desmoronaba la antigua Unión Soviética, impartí una serie de conferencias bíblicas en el prestigioso auditorio del Kremlin, en Moscú. Miles de rusos, buscando un sentido para sus vidas, asistían cada tarde a nuestra serie profética. Una nueva esperanza amaneció en sus corazones. Una nueva paz inundó sus almas. Para mí era extraordinario comprobar cómo estos rusos de corazón sincero, tan imbuidos de comunismo ateo, tenían un profundo anhelo de algo mejor dentro de sí. Crónicas de nuestras reuniones aparecían diariamente en los medios de comunicación rusos. Como resultado de ello, recibí una invitación para hablar ante un grupo de científicos rusos en una ciudad de unos 25.000 habitantes, una de las «ciudades cerradas» de la Unión Soviética. Ni siquiera los ciudadanos rusos podían entrar en aquella localidad sin un permiso especial. Allí trabajaban muchos de los genios científicos de la nación en laboratorios que desarrollaban sofisticados experimentos biológicos.

Me invitaron a dirigirme durante tres noches consecutivas a estos científicos y sus familias. Mis temas fueron: ¿Se puede confiar en la Biblia? Quién fue Jesús?, y ¿Hay esperanza para el futuro? Cuando llegué al centro cultural para mi conferencia, me asombré de encontrar el auditorio abarrotado. Más de mil científicos y sus familias se apiñaban en la sala de conferencias. Las dos primeras noches fueron de maravilla. Fue la última reunión la que más cautivó su atención. Querían saber si, en un mundo nuclear en el que los seres humanos tienen la capacidad de destruir la mayor parte de la vida del planeta Tierra, existe la esperanza. Se preguntaban cómo podíamos encarar el futuro confiadamente.

Esperanza en el horizonte

Lo que aquellos científicos rusos necesitaban por encima de todo era esperanza, y la Biblia está llena de ella. Escribiendo a la iglesia romana, el apóstol Pablo los anima con estas palabras: «Todo lo que antes se dijo en las Escrituras, se escribió para nuestra instrucción, para que con constancia y con el consuelo que de ellas recibimos, tengamos esperanza» (Romanos 15: 4). La Epístola concluye con estas palabras: «Que Dios, que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les dé abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo» (Romanos 15: 13).

Hay esperanza en el horizonte. Escribiendo a su joven compañero Tito, el apóstol Pablo le alienta a mantenerse «aguardando la esperanza bienaventurada, la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo» (Tito 2: 13 RVC). Toda la historia avanza hacia un grandioso clímax con la venida de nuestro Señor Jesucristo. La historia tuvo un punto de arranque y tendrá un punto final. Comenzó cuando Dios creó este mundo, y su punto culminante será el regreso de nuestro Señor, quien finalmente recreará unos nuevos cielos y una nueva tierra. Hay tres grandes acontecimientos en la Biblia: la creación, la muerte de Cristo y la segunda venida de Cristo. El retorno del Señor a este planeta desesperado que anhela esperanza es el clímax de los siglos. Da inicio a la conclusión del largo drama del pecado y de la muerte.

El salmista David declaró triunfalmente: «Nuestro Dios viene, pero no en silencio: delante de él, un fuego destructor; a su alrededor, una fuerte tormenta» (Salmo 50: 3). Pablo se hizo eco

de ello cuando proclamó: «Porque se oirá una voz de mando, la voz de un arcángel y el sonido de la trompeta de Dios, y el Señor mismo bajará del cielo. Y los que murieron creyendo en Cristo, resucitarán primero» (1 Tesalonicenses 4: 16). Incluso ángeles, en el momento de la ascensión de Cristo, lo declararon. Cuando los discípulos estiraban el cuello y entornaban los ojos hacia el Señor que ascendía, y miraban anhelosamente al cielo, dos ángeles que aparecieron junto a ellos dijeron: «Galileos, ¿por qué se han quedado mirando al cielo? Este mismo Jesús que estuvo entre ustedes y que ha sido llevado al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse allá» (Hechos 1: 11). Jesús mismo prometió que regresaría cuando aseguró claramente a sus discípulos: «Vendré otra vez» (Juan 14:3). La segunda venida de Cristo es la respuesta definitiva a esos problemas con los que luchamos y que parecen desafiar toda solución.

La segunda venida de Cristo y las grandes cuestiones de la vida.

La segunda venida de Cristo es la solución al problema de la soledad, la baja autoestima, la falta de esperanza, la desesperación y el vacío persistente en nuestros corazones. En lo profundo de todo ser humano está el deseo de amar y ser amado. Fuimos hechos para experimentar amor incondicional basado, no en lo que hacemos sino en quiénes somos. Existe en nosotros un innato deseo de compañía. No fuimos hechos para estar solos. Todos tenemos el anhelo de ser amados incondicionalmente. De ser aceptados como somos, no importa de dónde seamos o qué hemos hecho en el pasado. Apocalipsis 21: 3 afirma que un día, cuando retorne Jesús, estaremos con Dios para siempre.

No fuimos creados para vivir separados de Dios. Fuimos hechos para él. Él llenará el vacío de nuestras vidas. la respuesta definitiva al problema de esta soledad cósmica, de esta angustia en nuestras almas, es la venida de Cristo.

Aquel que mejor nos conoce es quien más nos ama y pronto vendrá a llevarnos a casa con él. Podemos contemplar con esperanza un futuro que brilla con las promesas del Señor. No somos motas de polvo cósmico en el universo. Fuimos creados para estar en comunión con el Dios que nos creó. Tenemos un lugar en el que encajamos. Él ha prometido que nunca nos abandonará. Aunque hoy no podemos comunicarnos con él cara a cara, la promesa de su venida nos asegura que un día viviremos con él eternamente.

La segunda venida de Cristo no es solo la respuesta a la soledad. Es también la solución final al problema del dolor.

Resolviendo el problema del dolor, el sufrimiento, la tristeza y las lágrimas atormentan este mundo. Las enfermedades del corazón, los accidentes cerebrovasculares, el cáncer y la diabetes afligen a cientos de miles de personas cada año.

los desastres naturales aparecen de repente, como si surgieran de la nada, y destruyen hogares dejando una estela de sufrimiento y tristeza a su paso. Incendios forestales incontrolables, alimentados por vientos feroces, arrasan valles y destruyen comunidades enteras. Los terribles efectos de la guerra causan incontables desgracias. Caen las bombas. Las fuerzas de combate asolan aldeas, pueblos y ciudades. Quedan niños mutilados. Les arrancan las piernas explosiones

indiscriminadas que afectan a civiles inocentes. Con frecuencia, las mujeres y los niños son quienes más sufren los horrores de la guerra.

Cuando tienes el cuerpo torturado por un dolor tan intenso que no puedes pensar, cuando te abruman la aflicción, la ira y el miedo y preguntas «¿Por qué a mí, Señor?», recuerda que el sufrimiento no durará siempre. Jesús viene otra vez.

Aislado de su familia y de sus amigos, sufriendo en solitario en la isla de Patmos, el apóstol Juan escribió estas alentadoras palabras: «[Dios] Secará todas las lágrimas de ellos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor; porque todo lo que antes existía ha dejado de existir» (Apocalipsis 21:4).

Con todos nuestros avances en medicina, tan maravillosos como son, no hemos descubierto la respuesta al problema del dolor y el sufrimiento. Hemos hecho progresos gigantescos en el tratamiento de diversas dolencias, pero nuestra generación sigue enfermando.

Pienso en mi propio padre, que murió hace varios años. Sufría una enfermedad cardíaca. padecía diabetes. Conforme envejecía, su débil organismo experimentaba un notable dolor, pero nunca se quejaba.

Su esperanza se anclaba en el retorno de nuestro Señor. Un día, mientras charlábamos, me hizo un comentario que nunca olvidaré. Dijo: «Hijo, no tengo miedo a morir, porque sé que lo siguiente que ocurrirá será que Jesús viene en el cielo para llevarme a casa».

Para papá, la segunda venida de Cristo era una realidad a la que se aferraba por fe. Vivía a la luz del retorno de Jesús. La segunda venida de Cristo es la respuesta definitiva al problema del sufrimiento humano.

Cuando sufrimos, cuando tenemos el cuerpo devastado por el dolor, cuando no podemos aguantarlo un día más, cuando se nos llenan los ojos de lágrimas, todavía tenemos esperanza. Podemos apartar la vista de nuestro sufrimiento porque sabemos que, al margen de lo que nos ocurra, hay un Dios que nos ama con amor eterno. Él pondrá fin a toda enfermedad, aflicción, tristeza, dolor y lágrimas. Un día viviremos en un mundo en el que la enfermedad habrá desaparecido para siempre, y en el que experimentaremos la vida en su plenitud. En ese mundo nuevo abundará el gozo, y nuestros cuerpos palparán con la vitalidad de la salud.

La respuesta al problema de la injusticia

A menudo la vida parece muy injusta. Cuando algunas personas dicen que recibimos lo que nos merecemos en la vida y que la vida es justa, es probable que nunca hayan experimentado situaciones por las que otras personas atraviesan. Hay ocasiones en las que sufrimos por causa de nuestras erróneas elecciones, pero existen millones de personas que sufren sin que en ello medie ninguna decisión suya.

Cuando nace un niño seropositivo (infectado de VIH) debido a las malas decisiones de su madre, eso es injusto. El niño no tomó esa decisión. Pensemos en el adolescente cristiano que

conduce a casa desde la escuela y muere arrollado por un conductor ebrio, quien a su vez se aleja ileso del lugar del accidente. Consideremos a los niños cuyo pueblo es bombardeado, o un país asolado por la pobreza que además resulta devastado por la sequía y la hambruna. Imaginemos a los niños que mueren de hambre en todo el mundo. ¿Dónde está la justicia cuando el esposo de usted la deja por otra mujer? Ustedes han criado a sus hijos juntos.

Ahora ellos se han casado, se han marchado del hogar, y está usted sola. ¿Dónde está la justicia cuando usted ha llevado una vida saludable y contrae un cáncer, mientras su vecino que fuma, abusa del alcohol y sigue una alimentación nociva parece estar en perfecta salud? La vida puede que no sea justa, pero Dios siempre es justo. Cuando la vida nos patea en el estómago y nos deja sin aliento, él está ahí para alentarnos, apoyarnos y fortalecernos. Está ahí para recordarnos constantemente que viene otra vez para hacer nuevas todas las cosas.

El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, ofrece la respuesta al problema de la injusticia. En Apocalipsis 21: 5 dice nuestro Señor: «Yo hago nuevas todas las cosas». Un día reinará el Rey de justicia. Cristo se sentará en su trono celestial. Él hará nuevas todas las cosas. La justicia prevalecerá por toda la eternidad. Cuando hayamos sido tratados injustamente, miremos más allá de la injusticia hacia el reino de Dios, en el que todas las cosas serán enderezadas. Cuando nos traten cruelmente, miremos más allá del dolor hacia la nueva sociedad de Dios, en la que reinará Jesús con justicia.

Su desgracia hizo de ella una mejor persona, no más amargada

Cuando tenía diecisiete años de edad, Joan Herman irradiaba el idealismo de la juventud. Pasó el verano de 1948 trabajando como voluntaria en un campo de Pensilvania. Su gran deseo era ayudar a mejorar la calidad de vida de la gente empobrecida de esas montañas. Junto con otros voluntarios, dedicó horas cada día a cavar acequias de riego para llevar agua corriente a algunas de las zonas remotas.

Fue en el verano de 1948 cuando se extendió una epidemia de polio por todo el medio oeste y el este de Estados Unidos. Los síntomas de Joanie empezaron de manera simple. Se manifestaron como lo que parecía un resfriado severo, y luego progresaron hacia una fiebre extremadamente alta combinada con escalofríos y abundante sudoración. El dolor muscular se volvió intenso.

Ella se sentía muy fatigada. Apenas podía soportarlo. El dolor de espalda se hizo inaguantable. A menudo se apoyaba sobre su pala y la empujaba contra la cálida tierra en la zanja que estaba cavando. Frotar la espalda contra la pared de zanja de drenaje parecía proporcionarle un cierto alivio de su intenso dolor.

Un día, mientras trataba de proseguir su trabajo, se apoderó de ella un dolor tan grande que se desplomó en la zanja. Ahora le resultaba imposible continuar. Después de someterse a una serie de análisis médicos, el diagnóstico fue poliomiелitis. Conforme la dolencia progresó, quedó paralizada del cuello para abajo. No había nada que la ciencia médica pudiera hacer para curarla de la temible enfermedad.

Los médicos dispusieron que fuera ubicada en un gran cilindro presurizado del que solo asomase la cabeza. Dado que tenía los pulmones afectados por la polio, el llamado pulmón de acero (o ventilador de presión negativa) era el único medio de mantener su respiración.

Joanie sobrevivió veinte años en este pulmón de acero y se convirtió en la persona con una supervivencia más larga en un pulmón de esas características.

Mi esposa y yo la conocimos. Era una mujer con una actitud increíblemente optimista. Contribuyó a establecer un fundación para personas como ella, con grave discapacidad física. Su desgracia la condujo a buscar un sentido más profundo en la vida. Esta búsqueda la llevó finalmente a estudiar la Biblia y a reflexionar en la Palabra de Dios. Día tras día sumergía la mente en el mensaje de esperanza de las Escrituras.

Aunque estaba completamente paralizada, se las apañaba para leer una Biblia fijada sobre un soporte unido a su pulmón de acero. La esperanza de la venida de Cristo le inspiró que un día volvería a estar completamente sana. Pasajes como estos la llenaron de alegría: «Entonces los ciegos verán y los sordos oirán; los lisiados saltarán como venados y los mudos gritarán» (Isaías 35: 5-6) «Ningún habitante dirá: "Estoy enfermo"» (Isaías 33:24).«Yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21 : 5).

Joanie fue capaz de mirar más allá de su dolor. Fue capaz, con los ojos divinamente ungidos, de aferrarse a la realidad de que Jesús venía otra vez. La polio no la derrotó. Su espíritu optimista y positivo tocó los corazones de otras incontables personas. Usó su pulmón de acero como púlpito para proclamar el amor de Dios a todos los que entraban en su habitación. Venían a confortarla a ella, pero era ella quien los confortaba a ellos. Una persona tras otra aceptaron a Cristo y el mensaje de la Escritura gracias a su testimonio.

Qué la capacitó a resistir a pesar de la injusticia de la vida? Creyó por fe en que un día mejor estaba por llegar. La esperanza del retorno de Jesús ardió resplandeciente en su corazón. Miró más allá de los límites de su pulmón de acero hacia el día en que saltaría y correría por campos de espigas mecidas por el viento junto a las aguas cristalinas de la eternidad. Tenía la certeza de que Jesús renovarías todas las cosas, y de que disfrutaría en la misma medida en que ahora sufría. Confiaba en el Dios que vendría para llevarla al hogar eterno.

El cáncer es injusto, pero un día será eliminado. Las guerras son injustas, pero un día terminarán. La pobreza es injusta, pero un día habrá prosperidad para todos. El hambre es injusta, pero un día reinará la abundancia. Podemos volver a tener esperanza porque esta tierra no es el fin del camino, y Dios finalmente enderezará todas las cosas.

La muerte, el último enemigo, será derrotada

La segunda venida de Cristo es la única respuesta a los problemas del envejecimiento y la muerte. Ninguna crema antiarrugas nos librarás de envejecer. Ninguna cirugía estética evitará que pasen los años. No hay poción mágica o fórmula alguna.

Aunque un régimen saludable y el ejercicio físico adecuado pueden prolongar la vida durante unos años, no existe el secreto de la vida eterna. Todo el que nace, un día morirá, a menos que Jesús regrese antes. A lo largo de la historia los seres humanos han afrontado la muerte de maneras variadas. Algunos lo han hecho con miedo y terror absolutos. Otros la han encarado con total desesperación, pero también hay quienes la enfrentaron con la plena confianza y seguridad de que la muerte es un descanso hasta la gloriosa mañana de la resurrección, cuando regrese Jesús. Han afrontado la muerte con la esperanza del retorno de Cristo rebosando en sus corazones.

El apóstol Pablo comparte estas maravillosas palabras: «Quiero que conozcan el designio secreto de Dios: No todos moriremos, pero todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene el último toque de trompeta. Porque sonará la trompeta, y los muertos serán resucitados para no volver a morir. Y nosotros seremos transformados.] [Entonces] se cumplirá lo que dice la Escritura: "La muerte ha sido devorada por la victoria"» (1 Corintios 15: 51-54).

¿Ha perdido usted a algún ser querido por causa de la muerte? ¿Ha depositado a un niño para que descanse en un cementerio? ¿Ha sufrido el golpe de una enfermedad fatal su esposa, su esposo, su hijo o su hija? ¿Parece demasiado dolor para soportarlo a solas? Jesús le sostendrá. Escuche su voz alentando su corazón. Se avecina un día mejor. Puede volver a tener esperanza. La segunda venida de Cristo es la respuesta al envejecimiento.

Es la respuesta a la muerte, a las lágrimas y al sufrimiento. En la soledad, puede usted volver a tener esperanza. En medio del desánimo, puede volver a tener esperanza. En el dolor, puede volver a tener esperanza. En la decepción, puede volver a tener esperanza. En la injusticia, puede volver a tener esperanza. En las lágrimas, puede volver a tener esperanza. Jesús viene, y esa es la mejor noticia que alguien pueda concebir.

2. Tres secretos para encontrar la paz duradera

En un reciente estudio realizado entre ciudadanos estadounidenses, se dio a los participantes una lista de artículos y se les pidió que identificasen cuáles eran una necesidad diaria para ellos. En otras palabras: «¿Qué necesita usted para aguantar el día? ¿Sin cuál de estos artículos no puede vivir?».

¿Listo para conocer las prioridades de los norteamericanos?

El 37% dijeron que el café.

El 28% dijeron que dulces o caramelos.

El 19% dijeron que las redes sociales.

El 16% dijeron que la Biblia.

Más del doble de personas contestaron que su necesidad de café era mayor que su necesidad de la Palabra de Dios.

¿Podría ser el descuido de la Palabra de Dios una de las razones relevantes de que tantos carezcan de paz duradera, satisfacción interior y gozo permanente?

La falta de esperanza conduce a la desesperación

Las preocupaciones, la ansiedad, el miedo y la falta de esperanza han llevado a millones de personas a experimentar depresión clínica, que afecta a aproximadamente a un 20% de la población del mundo en algún momento de sus vidas. La OMS (Organización Mundial de la Salud) predice que hacia el año 2020 la depresión rivalizará con las dolencias cardíacas como el trastorno de salud de mayor incidencia sanitaria en el mundo.

Las ventas mundiales de antidepresivos son en la actualidad de unos 12.000 millones de dólares. Se venden más de 270 millones de antidepresivos con receta solo en Estados Unidos cada año, pero pocas personas consideran los efectos secundarios. Un estudio encontró que el 14% de los jóvenes que toman un antidepresivo se volvían agresivos e incluso violentos.

Según las estadísticas sobre abuso del alcohol y alcoholismo de la OMS, unos 140 millones de personas en todo el mundo sufren trastornos relacionados con esa sustancia y, en promedio, una persona se suicida cada 40 segundos en alguna parte del planeta. Los índices de suicidio global se han incrementado un 60% en los últimos 45 años. Ocurre algo muy trágico cuando millones de personas han perdido la esperanza.

La angustia generalizada en nuestra sociedad, esa percepción interior de que algo no va bien y de que hay poco que sea seguro, ese temor acerca del futuro, ha creado una sensación de desesperanza.

La esperanza marca la diferencia

Cuando perdemos la esperanza, nubarrones de desesperación se ciernen sobre nuestras cabezas. El futuro aparece sombrío y resulta incierto todo lo relativo al porvenir. Pero la esperanza nos conduce desde lo que es hasta lo que puede ser.

Ana Jacob lo expresó de un modo bello cuando escribió: «Las alas de la esperanza nos transpoitan, elevándose por encima de los fuertes vientos de la vida».

En su principal discurso a sus discípulos, Jesús les dio tres razones para llenarse de esperanza. Compartió con ellos tres principios eternos de paz interior. Si usted se aferra realmente a estos principios y los pone en práctica en su vida, nunca volverá a ser el mismo. Experimentará una inédita sensación de paz. Su vida se llenará de esperanza y vivirá a diario en el gozo de nuestro Señor.

Los tres secretos de Jesús sobre la paz duradera

Encontramos estos principios en Juan 14. Antes de dejar a sus discípulos, Jesús les dio tres garantías que pueden cambiar la vida.

Secreto nº 1: Nunca perdamos la esperanza d que Jesús regresará.

Él comienza sus palabras de aliento a sus discípulos diciendo: «No se angustien ustedes. Crean en Dios y crean también en mí.] Voy a prepararles un lugar. Y después de irme y de prepararles un lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar» (Juan 14: 1-3).

Si traducimos literalmente la expresión original plasmada como «No se angustien», la verteríamos de este modo: «Dejen de estar tan angustiados. ¡No se preocupen!». ¿Por qué se encontraban así los discípulos? ¿Por qué tenían los corazones llenos de ansiedad?

En Juan 13, Jesús acababa de anunciar que uno de los discípulos le traicionaría y que Pedro le negaría. Los apóstoles llevaban tres años y medio con Jesús y percibían que algo marchaba trágicamente mal. Por la expresión del rostro de Cristo y por el tono de su voz, sentían que algún hecho decisivo estaba próximo a ocurrir.

Estos discípulos habían entregado sus vidas por seguirle. Pedro, Santiago y Juan habían dejado sus barcas de pesca y sus redes atrás. Mateo había abandonado su puesto de recaudador de impuestos. Cada uno de los discípulos se había sacrificado para seguirle. Ahora Jesús se marchaba a un lugar adonde ellos no podían seguirle.

Estaban confusos, perplejos, preocupados e inquietos. Se sentían angustiados, miserables, sin sosiego ni paz interior.

Las palabras de Jesús resuenan a través de los siglos. «No se angustien». Dejen de preocuparse. No hay necesidad de estar ansiosos. Este mundo no es todo lo que hay. Aférrense a mi promesa. Confíen en mi palabra. «Crean en Dios y crean también en mí. [...] Vendré otra vez».

La promesa del pronto retorno de Cristo eleva nuestro espíritu. Alienta nuestros corazones. Ilumina nuestros días y nuestras noches. Hace que cada montaña nos resulte más fácil de escalar.

Abundante espacio en la casa de mi Padre

Observemos unas cuantas expresiones de este pasaje. Aportan una dosis de esperanza para el alma. Dice Jesús: «En la casa de mi Padre hay muchos lugares donde vivir» (versículo 2). Lo que está diciendo Jesús es: «Hay abundante espacio en mi reino eterno. .

No escasea. Hay espacio de sobra para ustedes».

El último libro de la Biblia deja claro este asunto. En visión profética, el apóstol Juan ve a multitudes de redimidos de pie ante el trono de Dios en los atrios celestiales. Completamente maravillado y lleno de gozo, proclama: «Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas» (Apocalipsis 7: 9 RV95).

El cielo tiene suficiente espacio para todos. El sacrificio de Cristo es suficiente para todos. La cruz del Calvario provee redención para todos los que cruzan la acepción del ten. Sea el que sea su pasado, hay espacio para usted. Puede que haya negado a su Señor, como hizo Pedro, o dudado seriamente

de su Palabra, como hizo Tomó, pero el amor divino se le ofrece a usted en este mismo instante. En estos versículos Jesús garantiza a sus discípulos que su muerte abriría de par en par las puertas del cielo para cada uno de ellos, y que hay espacio de sobra para ellos en el reino del Padre.

Jesús prepara un lugar

¿Qué significa que Jesús vaya a «preparar un lugar» para nosotros?

Jesús asciende al cielo y, en la presencia del Padre, recibe la seguridad de que su sacrificio ha sido aceptado. Las puertas del cielo se abren para toda la humanidad.

Bajo la intensa luz del gran conflicto entre el bien y el mal en el universo, Jesús nos asegura que, por medio de su gracia y por causa de su muerte en la cruz, podemos vivir eternamente con él.

Pensemos en las muertes de los discípulos. Comúnmente se acepta que cada uno de ellos sufrió martirio excepto Juan, pero esto es lo que sabemos seguro

Santiago fue decapitado por Herodes.

Pedro fue crucificado cabeza abajo, probablemente en el año 66 d.c, por las fuerzas de Nerón. Juan fue quemado en una caldera de aceite hirviendo y luego, siendo ya nonagenario, fue desterrado a la isla de Patmos por el emperador Domiciano.

El apóstol Pablo pasó años en una húmeda mazmorra romana y después, probablemente, fue decapitado por Nerón en el año 66 d.C., en la misma época del martirio de Pedro.

Aunque cada uno de los discípulos, excepto Juan, sufriera una muerte de mártir, todos resultaron triunfantes.

Fueron fieles a pesar de sus circunstancias. Estaban llenos de una paz interior que sobrepasaba «lo que el hombre puede entender» (Filipenses 4: 7). Creían en la promesa de Cristo. Se aferraron a sus palabras: «Vendré otra vez». La certeza del retorno de nuestro Señor hace soportables las pruebas de la vida. La promesa de su segunda venida aquieta nuestros corazones, subyuga nuestros temores y alivia nuestra ansiedad. No importa lo que nos traiga el presente, hay un mundo mejor por venir.

Los primeros cristianos descubrieron el primer secreto de la paz interior. Miremos a largo plazo. La vida en esta tierra es corta y pronto terminará. Cada desafío que usted afronta, cada dificultad que experimenta, cada prueba que encara, pronto llegará a su fin. Aférrese a la promesa del pronto retorno de Jesús; deje que su corazón se empape de esperanza y que la paz inunde su alma.

Secreto n° 2: Jesús está disponible en cual momento del día para orientarnos y dirigirnos a travez de la oración.

Esto es lo que dice la Palabra del señor en Juan 14: 12—14:

«Les aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago; y hará otras todavía más grandes, porque yo voy a donde está el Padre. Y todo lo que ustedes pidan en mi

nombre, yo lo haré, para que por el Hijo se muestre la gloria del Padre. Yo haré cualquier cosa que en mi nombre ustedes me pidan».

La garantía que ofrece Jesús a sus discípulos es notable. Aunque él retorna junto al Padre, les brinda la absoluta seguridad de que tienen acceso a él en cada momento del día por medio de la oración. Nos da la promesa inquebrantable de que cualquier cosa que pidamos en su nombre para la gloria del Padre, nos la concederá. Podemos acercarnos confiadamente y pedir.

Cuando nos sintamos inquietos, podemos pedir paz; cuando estemos ansiosos, podemos pedir que nos dé calma; cuando nos encontremos preocupados, podemos pedir su balsámica presencia.

Uno de mis libros favoritos es un pequeño volumen titulado *El camino a Cristo*. Vamos a ver una verdadera joya sobre cómo encontrar la paz presentando nuestros más profundos anhelos a Aquel que cuida de nosotros más de lo que nunca podríamos imaginar:

«Presenta a Dios tus necesidades, tristezas, gozos, preocupaciones y temores. No puedes incomodarlo ni agobiarlo. El que tiene contados los cabellos de tu cabeza no es indiferente a las necesidades de sus hijos. "Es que el Señor es muy compasivo y misericordioso" (Santiago 5: 11). Nuestras aflicciones conmueven su tierno corazón, especialmente cuando las compartimos con él. Llévale todo lo que te confunde.

No hay nada que sea tan pesado que él no lo pueda soportar, pues sostiene los mundos y rige todos los asuntos del universo. Nada que de alguna manera afecte nuestra paz es tan pequeño que él no lo note. No hay en nuestra experiencia ningún episodio tan oscuro que él no lo pueda leer, ni perplejidad tan grande que no la pueda solventar.

Ninguna calamidad puede ocurrirle al más pequeño de sus hijos, ninguna ansiedad puede asaltar el alma, ningún gozo alegrarlo, ninguna oración sincera escaparse de los labios, sin que el Padre celestial lo perciba y sin que tome en ello un interés inmediato. Él "restaura a los abatidos y cubre con vendas sus heridas" (Salmo 147: 3). Las relaciones entre Dios y cada alma son tan especiales y únicas como si no hubiera habido otra alma de la que ocuparse no por la entregar a su Hijo amado» (Ellen G. White, *El camino a Cristo* (Doral, Florida: IADPA, 20151, pp. 148-149).

Cuando entramos en la presencia de Cristo, nos introducimos en el ámbito de la paz. Junto a él, nuestros corazones descansan. A su lado, el Espíritu Santo sosiega nuestro ánimo, serena nuestros pensamientos y consuela nuestras mentes.

Cuando nos acercamos al Señor por medio del ministerio del Espíritu Santo, anhelamos su pronto retorno.

Cuanto más nos aproximamos a Cristo, más se hace realidad su venida en nuestras vidas. Si amamos a alguien anhelamos estar con él o con ella.

Cuando entramos en la presencia de Cristo, crece nuestro amor por él. No podemos esperar hasta verle llegando en las nubes.

Vamos ya con el tercer secreto de Jesús sobre la paz duradera en un mundo caótico.

Secreto nº 3: Jesús jamás nos dejará solos.

Jesús declara enfáticamente: «No los voy a dejar huérfanos» (Juan 14: 18).

No estamos sin padre. Jesús nos asegura que enviará a la tercera persona de la Divinidad como su representante personal para suplir sus necesidades,

Juan 14: 26-27 lo expresa así: «Pero el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en nombre, él les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que yo les he dicho. La paz les dejo' mi paz les doy. No como el mundo la da yo se la doy a ustedes» (RVA15).

Jesús viene otra vez. La promesa de su regreso es segura, pero, entre hoy y el momento de su retorno, nos envía al Espíritu Santo, la tercera persona de la Divinidad, como su representante personal. El Espíritu Santo es nuestro:

1. **Animador.** Nos eleva el ánimo cuando estamos abatidos.
2. **Dador de fuerzas.** Nos fortalece cuando estamos débiles.
3. **Maestro.** Nos guía cuando estamos perplejos y no conocemos el camino.
4. **Defensor.** Nos defiende cuando somos injustamente acusados y otros nos malinterpretan.
5. **Consolador.** Aplica a nuestra alma el bálsamo sanador cuando nos sentimos heridos y afligidos.
6. **Concienciador.** Nos convence de pecado cuando nos desviamos. Es la vozecilla silenciosa que nos señala lo que hacemos mal y nos orienta al bien. Nos revela las cosas de Dios y opera en nosotros un cambio de corazón.
7. **Sustentador.** Nos sostiene cuando estamos a punto de caer.

Hace unos años trabajé en África ayudando a construir una nueva escuela para unos ochocientos estudiantes necesitados y predicando por las tardes. Una noche volvía de las reuniones a mi alojamiento junto a las Cataratas Victoria, sobre el río Zambeze, y en la oscuridad me caí por una escalera de cemento. Aterricé sobre la rodilla y de inmediato sentí un punzante dolor en la pierna. Por causa de heridas previas y de mi caída, finalmente necesité cirugía de reemplazo de rodilla. Mi recuperación fue un auténtico suplicio. Toda mi vida había estado activo. Pero ahora, pasados unos días después de la operación, solo conseguía dar unos cuantos pasos cortos. Una de las cosas que me ayudaron fue mi andador. Me sostenía. Me ayudaba a mantenerme en pie. Sin él, estaba condenado a caer.

En cierto sentido, todos estamos incapacitados. No podemos mantenernos en pie solos. Necesitamos a alguien que nos sostenga, alguien que nos mantenga arriba, alguien que nos libre de caer. Jesús prometió que, aunque se marchaba, enviaría a su Espíritu Santo para sostenernos hasta que él regresara en gloria.

Cuando el renombrado predicador G. Campbell Morgan era joven, visitaba a dos ancianas cada semana para leerles la Biblia. Después de leer Mateo 28: 20: «Por mi parte, yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo», comentó: «¿No es una promesa maravillosa?».

Una de las mujeres rápidamente replicó: «Joven, eso no es una promesa. ¡Es un hecho! Todas las promesas de Dios son hechos».

Mientras lee estas páginas, mi oración por usted es que la paz del cielo inunde su alma y que su corazón se llene de la esperanza y el gozo del pronto retorno de Jesús; de modo que siga leyendo, amigo/a.

3. El panorama general de la profecía

Poco después de la caída del régimen comunista, viajé a la antigua Unión Soviética con un equipo de pastores para compartir la Palabra de Dios con ciudadanos soviéticos a quienes se había negado el derecho de asistir a reuniones públicas de evangelización desde hacía cuarenta años.

Noche tras noche, prediqué ante públicos masivos en el auditorio de la Universidad Plejánov, en Moscú. En 1991 y 1992 impartí conferencias evangelísticas en el prestigioso auditorio del Kremlin y finalmente en el Estadio Olímpico de Moscú. Una noche, después de una de nuestras reuniones, se acercó a mí una mujer de mediana edad y aspecto frágil y me dijo: «Pastor, yo también soy cristiana; vengan, por favor, a visitarme a casa. Estaría encantada de invitarlos a cenar». Mi esposa y yo aceptamos con gusto la invitación.

Cuando llegamos a su apartamento, que era muy modesto, nos acogió entusiásticamente con los brazos abiertos. En aquel tiempo, el salario mensual medio en Moscú era de 28 dólares. Cuando vi la mesa del comedor repleta de frutas frescas y dispuesta para una comida de cuatro platos, deduje que se había gastado más de un sueldo mensual en esa comida. Parecía que querían conocer todo sobre Estados Unidos. Formulaban una pregunta tras otra. Querían saber dónde vivíamos, cómo era nuestra casa, qué nos gustaba comer, y otros muchos detalles sobre nuestras vidas personales.

Para desplazar la atención de nosotros hacia ella, simplemente pregunté: «¿Cuál fue la situación más difícil que alguna vez afrontó como cristiana bajo el régimen comunista?». Empezaron a temblar y a sollozar. Mi traductor me agarró la mano y me dijo: «Pastor Mark, mejor no siga por ahí. No lleve a esta pobre mujer por ese camino con sus preguntas. Sus recuerdos son demasiado dolorosos. Puede sufrir un ataque de ansiedad». Pero ya era demasiado tarde.

Los secretos que llevaban décadas encerrados en su corazón empezaron a brotar apresuradamente. Contestó: «Pastor, la experiencia más difícil que he tenido bajo el comunismo fue cuando el KGB [policía secreta rusa] se enteró de que hablaba a mis dos hijas de Jesús. Un informante que vivía en el piso superior al mío me delató. La policía descubrió que celebraba un culto con mis hijas todas las tardes. Supieron que cantábamos himnos y que estudiábamos la Biblia juntas. Las enseñaba a depositar toda su confianza en Jesús, no en el gobierno comunista. Una noche, la policía secreta irrumpió en mi hogar y se apoderó de mi hija de nueve años.

“Todavía recuerdo sus llantos. Sus gritos: "Mamá, mamá, por favor, ayúdame". Se la llevaron por la puerta sin que yo pudiera hacer nada. Me sentí impotente para ayudarla. Eso, pastor, ocurrió hace veintiocho años y no la he visto desde entonces».

En los años más duros del comunismo, niños cristianos educados en las doctrinas del cristianismo que compartían abiertamente sus puntos de vista con sus amigos, les eran arrebatados a sus padres y ubicados en viviendas del estado para reeducarlos en la filosofía estatal.

Escuté los ojos bañados en lágrimas de esta piadosa mujer. Pensé en el dolor que le atravesó el corazón como una espada. Con la voz quebrada, y a pesar del llanto, afirmó con confianza: «Pastor, sé que volveré a ver a mi hija cuando venga Jesús. Entonces nos reencontraremos. Nadie será capaz de separarnos ya. Estaremos juntas con Jesús para siempre».

El retorno de Jesús: Panorama general de la profecía

La visión general de la profecía nos infunde esperanza. Jesús la describe de este modo:

«No se angustien ustedes. Crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchos lugares donde vivir; si no fuera así, yo no les habría dicho que voy a prepararles un lugar. Y al irme y de prepararles un lugar, vendré pronto para llevarlos conmigo, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar» (Juan 14: 1-3)

Puede que haya muchas cosas del futuro que nos gustaría saber. Puede que haya muchas cosas de la profecía que nos gustaría poder explicar. Hay algo más importante que especular acerca de todos los detalles de la profecía. Algunas personas se concentran en cada pormenor de la misma y creen que tienen todas las respuestas. Lo más importante de la profecía es la gloriosa e increíblemente buena noticia de que Jesús viene otra vez.

Todas las profecías apuntan a Jesús. Su retorno es el centro de toda profecía. La historia no es un ciclo sin fin de acontecimientos. Toda la historia avanza hacia un evento colosal: la segunda venida de nuestro Señor. De los sesenta y seis libros de la Biblia, hay dos, Daniel en el Antiguo Testamento y Apocalipsis en el Nuevo, que se centran específicamente en la culminación de la historia. Su atención no se pone en las calamidades sino en la liberación (Su énfasis no está en una catástrofe venidera, sino en un Cristo venidero. No hablan de un trágico sino de un glorioso principio).

Las profecías de Daniel y Apocalipsis En Daniel y Apocalipsis, los profetas presentan un nuevo mundo; un mundo mejor. Nos ayudan a alargar la mano para tocar el reino de Dios. Nos dan vislumbres de la eternidad. Nos permiten tener una imagen general. Hagamos juntos un breve viaje por los libros de Daniel y Apocalipsis. Captemos la inspiración de estos libros llenos de esperanza. Daniel y Juan estaban cautivos en un país extranjero cuando escribieron sus libros. En el 605 a.C., el rey Nabucodonosor de Babilonia atacó y asoló Jerusalén. Nabucodonosor tomó cautivos a un significativo número de jóvenes hebreos. Uno de ellos era Daniel.

Juan, el último de los doce discípulos, también era un cautivo. Fue desterrado por los romanos en la isla de Patmos, cerca de la costa de Grecia. Ambos profetas anticiparon el día en

que cesarían el pecado y el sufrimiento; un día en que el conflicto y el caos desaparecerían. Dios honró la fidelidad de estos baluartes mostrándoles el panorama general de la profecía. Abrió sus ojos para que vieran la eternidad.

El capítulo 2 de Daniel se abre con el sueño del rey Nabucodonosor. «Durante el segundo año de su reinado, Nabucodonosor tuvo varios sueños, y por causa de ellos llegó a estar tan preocupado que no podía dormir» (Daniel 2: 1). El rey sabía que este sueño tenía un mensaje inusual, pero no podía recordarlo. Convocó a los hombres más sabios de su reino para que le dieran una explicación. Ellos tampoco pudieron recordarle al rey el sueño olvidado ni explicar su significado. Furioso, el rey los amenazó con la muerte. En este momento crítico, Daniel dio un paso adelante. Solicitó educadamente tiempo para orar sobre el misterio sin resolver. Dios intervino. El misterio del cielo fue revelado.

El contenido del sueño es obvio por la oración de gratitud de Daniel. Revela un Dios que «cambia los tiempos y las épocas; quita y pone reyes ...Él revela las cosas profundas y secretas» (versículos 21-22). Ya que «la sabiduría y el poder» (vers. 20) son suyos, Dios no solo conoce el futuro, sino que es el arquitecto del mismo. Daniel claramente explicó lo que el rey Nabucodonosor había soñado. «En el sueño, Su Majestad veía que en su presencia se levantaba una estatua muy grande y brillante, y de aspecto terrible» (vers. 31).

El profeta le describió entonces al rey esa imponente figura. Se trataba de una enorme imagen metálica con la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies de hierro y arcilla (vers. 31-33). El punto culminante del sueño del rey es una gran piedra que desciende del cielo, golpea a la imagen en los pies, y finalmente se convierte en una montaña que llena toda la tierra.

Pensemos en lo asombrado que debió de quedarse el rey cuando el profeta Daniel describió los detalles de su sueño. La explicación del sueño que ofreció el profeta es igual de precisa que su descripción del contenido del sueño. Empieza con estas palabras: «Su Majestad [. . .] es la cabeza de oro. Después del reino de Su Majestad habrá otro reino inferior al suyo, y luego un tercer reino de bronce, que dominará sobre toda la tierra. Vendrá después un cuarto reino, fuerte como el hierro» (vers. 38-40).

Según la interpretación divina, transmitida a través del profeta Daniel, cada metal representa un imperio. El sueño describe el auge y la caída de las naciones. Daniel identifica el reino de Nabucodonosor en Babilonia con estas palabras: «Su Majestad [. . .] es la cabeza de oro» (vers. 38). El imperio babilónico gobernó el Oriente Medio y extendió su dominio por la cuenca del Mediterráneo desde el año 605 a.C. hasta el 539 a.C. El oro es un símbolo apropiado para Babilonia. El lujoso estilo de vida babilónico llevó al profeta Jeremías a llamar a Babilonia una «copa de oro [. . .] en la mano del Señor» (Jeremías 51:7 BA).

Esta increíble profecía de Daniel 2 revela que Babilonia no regiría para siempre. «Otro reino», simbolizado por el pecho y los brazos de plata, se alzaría después. Durante una noche de ebria disipación, una mano misteriosa escribió estas palabras en la pared del palacio de Babilonia: «MENÉ: Dio ha medido los días del reinado de Su Majestad, le ha señalado su fin; TEKEL: Su

Majestad ha sido pesado en la balanza, y pesa menos de lo debido PARSÍN: el reino de Su Majestad ha sido dividido, será entregado a medos y persas» (Daniel 5:26-28).

No hay lugar a conjeturas ni a especulaciones aquí. El reino que siguió a Babilonia fue el imperio medopersa. Tanto la Biblia como la historia verifican este hecho.

El pecho y los brazos de plata (Media y Persia) fueron vencidos por un tercer imperio, de bronce. ¿Qué nación conquistó con éxito al imperio medopersa? Los medos y los persas dominaron desde el año 539 a.C. al 331 a.C. Fueron derrotados por los griegos. El brillante general griego Alejandro Magno condujo a sus ejércitos a la victoria. Daniel 8 describe por su nombre a los griegos, que vencen a los medopersas. Las Escrituras y la historia concuerdan en ello. Los griegos prevalecieron desde el año 331 a.C. hasta el 168 a.C., cuando fueron derrotados por la monarquía de hierro de Roma.

Durante la dominación romana de los césares, nació Jesús. Un gobernante romano le juzgó y soldados romanos le crucificaron. Roma prevaleció desde el año 168 a.C. hasta aproximadamente el 351 d.C. Cuatro metales: oro, plata, bronce y hierro, Cuatro imperios globales: Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma. ¿Fue derribado el imperio romano por una quinta nación? ¿Fue conquistada Roma por un poder político más poderoso? Ciertamente no. Roma fue vencida por las tribus bárbaras germánicas del norte. Consideremos estas notables palabras de la profecía: «Su Majestad vio también que una parte de los pies y de los dedos era de barro, y la otra, de hierro; esto quiere decir que será un reino dividido» (Daniel 2: 41).

La historia ha seguido la profecía como un constructor sigue el plano de un arquitecto. El imperio romano se dividió y quedó dividido hasta nuestros días. La profecía prosigue con estas significativas palabras: «No se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro» (versículo 43).

La profecía llega a una culminación extraordinaria en Daniel 2: 44: «Durante el gobierno de estos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido ni dominado por ninguna otra nación, sino que acabará por completo con todos los demás reinos, y durará para siempre».

Según esta singular profecía, el siguiente acontecimiento en el calendario del cielo es el establecimiento por Jesucristo —la Roca de los Siglos, esa Roca que fue desprendida sin que mano alguna la arrancara— de su reino eterno. Los reinos de esta tierra son temporales. El reino de Dios durará para siempre. Las profecías de Daniel y Apocalipsis describen, ambas, un glorioso evento culminante en el horizonte: el regreso del Señor Jesucristo.

La Profecía se repite y amplía

En Daniel 2, Dios usa el símbolo de cuatro metales para describir cuatro poderosos reinos. En Daniel 7, se emplea el símbolo de cuatro bestias para referirse a las mismas cuatro naciones. En Daniel 2 el cuarto metal, el hierro, tiene diez dedos. En Daniel 7, la cuarta bestia tiene diez cuernos. Las bestias que Dios escoge para caracterizar a estas naciones son apropiadas

descripciones de cada una de ellas. Una vez más, no tenemos que especular acerca del significado de este simbolismo profético. El mismo Dios que revela la profecía, la explica. Según Daniel 7: 17, «estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra» (RV95). Un rey representa a su reino. El hecho de que cada bestia de Daniel 7 represente a un reino queda claro en el versículo 23: «La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos». En una magnífica visión, Dios describió a estas bestias saliendo del mar en una noche de feroces tormentas y vientos tremendos.

En la profecía bíblica, el mar o el agua representan a gente (ver Apocalipsis 17: 15). El viento representa destrucción, devastación y desastre (Jeremías 49:36-37). La profecía de Daniel predice naciones que surgen en medio de contiendas y conflictos bélicos.

La primera bestia, el león con alas de águila (ver Daniel 7; 4), es una precisa descripción de la nación de Babilonia. Los arqueólogos han descubierto este símbolo del león con alas de águila sobre los muros de la famosa Puerta de Istar de Babilonia y en monedas extraídas de las ruinas babilónicas.

Los medos y los persas fueron adecuadamente descritos por medio de la crueldad de un oso con tres costillas sangrientas en la boca (vers. 5). Es interesante considerar que, para dominar Oriente Próximo, los medos y los persas tuvieron que conquistar tres naciones: Babilonia, Lidia y Egipto. Como describe la profecía, devoraron tres costillas.

La rapidez de las conquistas de Alejandro Magno se revela gráficamente mediante el simbolismo de un leopardo con alas (vers. 6). Esta tercera bestia, el leopardo, tenía cuatro cabezas. ¿Por qué? Cuando murió Alejandro, sus cuatro generales se apoderaron de su imperio. Entre conflictos e intrigas políticas, Casandro, Lisímaco, Ptolomeo y Seleuco dividieron el territorio del imperio griego entre ellos. La cuarta bestia se describe como increíblemente feroz y asombrosamente poderosa, con enormes dientes de hierro (vers. 7). La imagen de Daniel 2 tiene diez dedos. La «bestia espantosa» de Daniel 7 (RV95) tiene diez cuernos. Como los diez dedos, los diez cuernos simbolizan las divisiones del imperio romano, Es en este punto de la profecía en el que Dios introduce un elemento completamente nuevo.

Hasta ahora, potencias políticas han intentado usurpar la legítima posición de Dios como quien verdaderamente reina sobre la tierra. En Daniel 7: 8 un «cuerno más pequeño», un poder que empieza siendo pequeño pero que se lanza al dominio mundial, crece silenciosamente a partir del imperio romano. De acuerdo con la profecía, este poder tiene «ojos como los de un ser humano» (versículo 8). En la Biblia, los ojos son símbolo de sabiduría o inteligencia (ver Efesios 1: 18 RV95). La autoridad de este poder es humana, no divina. Está basada en la sabiduría humana, no en la Palabra de Dios. Y en última instancia echaría «por los suelos la verdad» (Daniel 8: 12).

Esta nueva potencia «hablaba con mucha arrogancia» (Daniel 7: 8), «a los santos del Altísimo quebrantará y pensará en cambiar los tiempos y la Ley» (7: 25 RV95). El poder del cuerno pequeño sería «diferente de todos los demás» (versículo 23) poderes políticos mencionados en ese capítulo.

La profecía indica que esta potencia es religiosa, no solamente política (versículos 24-25). En la Edad Media surge un sistema político-religioso que trata de usurpar la autoridad de Dios cambiando la ley divina. La respuesta de Dios al desafío del cuerno pequeño es su juicio final (versículos 21-22).

El juicio final de Dios establece a nuestro Señor como el legítimo gobernante del universo. En el juicio se arreglan todas las cosas. Los líderes terrenales han intentado usurpar el lugar de Cristo, pero en el juicio final Cristo se el genuino gobernante de este planeta. Ningún líder político o religioso puede rivalizar con él.

Todas las profecías de Daniel acaban en el mismo punto: el establecimiento del reino eterno de Dios. Notemos el tono triunfal de los versículos finales de esta sorprendente profecía:

«Pero el tribunal celebrará un juicio, y se le arrebatará el poder, dejándolo completamente destruido. Y el reino, el poder y la gloria de todos los reinos de la tierra serán dados al pueblo del Dios altísimo. Su reino permanecerá para siempre, y todos los pueblos de la tierra le servirán y le obedecerán» (versículos 26-27).

Mientras los reinos de la tierra se derrumban, el reino de Dios dura para siempre. Las profecías de Daniel tienen un tema central. Un objeto de atención claro y singular: el triunfo del reino eterno de Dios al regreso de nuestro Señor. Esto es cierto en las cuatro grandes líneas proféticas de Daniel 2, 7, 8 y 11. Las profecías de Daniel y Apocalipsis describen la victoria de Cristo por encima de las fuerzas del infierno. Cuando él venga de nuevo en poder, gloria y esplendor, los reinos de este mundo se convertirán en reinos de nuestro Señor. La venida de Jesús es el punto culminante de la historia.

El Apocalipsis profetiza el triunfo de Cristo

El anciano apóstol Juan, prisionero en la árida y rocosa isla de Patmos, escribe gozosamente: «¡Cristo viene en las nubes! Todos lo verán» (Apocalipsis 1: 7). Separado de su familia, amigos y la fe, Juan ansiaba ver a Aquel a quien amaba alma. Juan anhelaba el día en que podría los redimidos de todos los tiempos: «¡Al sentado en el trono y al Cordero, sean dados la alabanza, el honor, la gloria y el poder por todos los siglos!» (5: 13). Este es el marco general de la profecía.

Las profecías de Daniel y Apocalipsis se centran en mucho más que en símbolos crípticos, bestias sedientas de sangre, temibles dragones y la marca del anticristo. Hablan de la culminación de todas las cosas. En Apocalipsis 7, Juan mira más allá de las aflicciones que sobrevendrán en la tierra hacia esta magnífica escena: «Por eso están delante del trono de Dios, y día y noche le sirven en su templo. El que está sentado en el trono los protegerá con su presencia» (versículo 15).

Existe un vacío con forma de Dios dentro de nosotros que nunca se llenará a menos que Dios lo llene. Desde el día en que Adán y Eva pecaron, la humanidad ha experimentado una sensación de pérdida, un vacío interior. Cuando regrese Jesús, ese anhelo se verá satisfecho. El

reino de Dios será restaurado. El universo entero cantará. No hay nada oculto en relación con este acontecimiento. Se trata de la coronación de un rey! ¡El universo entero la proclama!

Junto con Daniel, las profecías de Apocalipsis describen la destrucción de todas las fuerzas del mal en la venida de nuestro Señor. En Apocalipsis 14: 19-20, Juan alude a la «hoz» que destruye todo el pecado y los pecadores. En el glorioso triunfo de la venida de nuestro Señor descrita en Apocalipsis 19, Juan ve el cielo abierto. Jesucristo, simbolizado como un general vencedor que monta un caballo blanco, regresa. Todas las fuerzas del mal que se interponen en su camino son destruidas. Los poderes infernales, que batallan contra su reino, están condenados. La «bestia» y el «falso profeta» son «lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre» (19: 20 RV95). Jesús es exaltado como «Rey de reyes y Señor de señores» (versículo 16).

En Apocalipsis 20 Juan pinta una tierra desolada con Satanás atado y los malvados destruidos por mil años (versículos 1-3). Durante estos mil años, que algunos estudiantes de la Biblia llaman «el milenio», los redimidos o salvados que han sido tomados para encontrarse con Cristo en el aire a su retorno (Juan 14: 1-3; 1 Tesalonicenses 4: 16-17) reinan con Jesús en el cielo (Apocalipsis 20: 4). Cuando se abren los libros del cielo, los salvos ven claramente que el amor de Dios ha hecho todo lo posible para salvar a absolutamente todas las personas.

Al final de estos mil años, la Ciudad Santa desciende del cielo a la tierra. Los malvados son resucitados. Satanás conduce a estas legiones de los perdidos a atacar la Ciudad Santa (versículos 5, 7-8). El fuego purificador de la presencia de Dios desciende del cielo y devora al pecado y los pecadores para siempre. La santidad divina purifica la tierra.

Juan describe así esta escena magnífica, impresionante y casi abrumadora: «Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de la presencia de Dios. Estaba arreglada como una novia vestida para su prometido. Y oí una fuerte voz que venía del trono, y que decía: "Aquí está el lugar donde Dios vive con los hombres. Vivirá con ellos, y ellos serán sus pueblos, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Secará todas las lágrimas de ellos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor; porque todo lo que antes existía ha dejado de existir"» (Apocalipsis 21: 1-4).

Qué esperanzador! ¡Qué magnífico destino! ¡Qué imagen más brillante del porvenir! Más allá de nuestras penas, tristeza y lágrimas, Jesús vendrá. Más allá de los desastres de la tribulación, volverá como Rey de reyes. Como Señor de señores. Como Poderoso Conquistador. Volverá para reinar eternamente' ¡Y el mundo entero lo sabrá!

4. Afrontando el futuro con mayor confianza

En uno de sus sermones, Billy Graham cuenta una fascinante historia sobre Albert Einstein. Parece que Einstein iba en tren viajando por Europa cuando el revisor se le acercó y le pidió el billete. El célebre científico buscó en su bolsillo, miró en su billetera y rebuscó entre sus pertenencias, pero no pudo encontrar su billete.

El revisor del tren se limitó a decirle: «Sé quién es usted; no se preocupe. Sé que tiene su billete en algún sitio». Y avanzó por el pasillo. Cuando miró hacia atrás, vio a Einstein de rodillas mirando desesperadamente debajo de su asiento, en busca de su billete.

Tratando de calmar su ansiedad, el revisor le dijo: «Señor Einstein, yo sé quién es usted. No se preocupe más». Einstein replicó: «Yo también sé quién soy, pero no sé adónde voy».

Esta misma frase refleja lo que piensan millones de personas. Apenas saben hacia dónde se dirige el mundo. Anhelan esperanza para el más allá. La gran esperanza del retorno de nuestro Señor confiere propósito a nuestras vidas hoy. Podemos vivir vidas llenas de gozo y esperanza porque conocemos el final de la historia.

Más allá de la desesperación

Siempre me ha fascinado la extrema falta de esperanza reflejada en las inscripciones sobre las tumbas de las catacumbas que se encuentran a lo largo de la Vía Apia, en las afueras de Roma. He aquí solo un par de tales inscripciones:

«Yo no era, luego llegué a ser, no soy, nada me importa».

«Come, bebe, diviértete, y luego únete a mí».

Al describir la vida, el escéptico Bertrand Russell lo expresó así: «Nos hallamos en la orilla de un océano, clamando a la noche y al vacío. A veces llega la voz de uno que se ahoga, y enseguida retorna el silencio. El mundo me parece completamente terrible, es enorme la infelicidad de mucha gente, y yo a menudo me pregunto cómo pueden soportarlo».

Qué ausencia de esperanza, qué desesperación, qué falta de sentido. Si no tengo algo valioso por lo que vivir, algo más allá de mí mismo, alguna esperanza para el mañana, algún propósito primordial la vida apenas tiene valor.

Frente a las mofas, las burlas y el escepticismo el apóstol Pedro presenta el propósito que absorbió su vida. Lo expresa con estas palabras: «Esta es, queridos hermanos, la segunda carta que les escribo. En las dos he querido, con mis consejos, hacerlos pensar rectamente. Acuérdense de lo que en otro tiempo dijeron los santos profetas; y del mandamiento del Señor y Salvador, que los apóstoles les enseñaron a ustedes» (2 Pedro 3: 1-2).

Hay algo significativo aquí. Algunas personas siempre están buscando una verdad novedosa que desentrañe el misterio del futuro. Tratan de descubrir alguna revelación que les proporcione la visión divina sobre lo que está por venir. Tratan una y mil veces de hallar alguna clave mística para entender el destino de este mundo.

Lo que dice Pedro es simplemente: lo que necesitamos no es tanto una verdad nueva y original, sino una repetición de las verdades eternas de la Escritura que con tanta frecuencia descuidamos.

El mensaje de esperanza de la Biblia

Hay ciertas verdades bíblicas que es necesario repetir una y otra vez y que nunca deben ser arrinconadas por amor a lo novedoso. Las predicciones de los profetas bíblicos han resultado ciertas a través de los siglos. Podemos tener confianza en sus vaticinios referentes al futuro. Aunque la profecía bíblica predice un futuro tiempo de angustia, más allá de ese periodo de prueba la Palabra de Dios revela que un brillante mundo nuevo reemplazará a este planeta contaminado por el pecado.

Los griegos decían que «el tiempo borra las cosas. El paso del tiempo a menudo lleva a olvidar las verdades eternas de una generación pasada. Precisamente por eso, a lo largo de la Escritura las grandes verdades se repiten una y otra vez, no sea que las olvidemos.

El apóstol Pedro prosigue en 2 Pedro 3: 3-4 donde nos alienta a saber «que en los días últimos vendrá gente que en son de burla preguntará: " ¿Qué pasó con la promesa de que Cristo iba a volver? Ya murieron nuestros padres, y todo sigue igual desde que el mundo fue creado"».

En los últimos días, la idea de la segunda venida de Cristo les parecerá ridícula a muchas personas. Será objeto de burla, mofa y escepticismo. Cínicamente preguntarán: «¿Qué pasó con la promesa de que Cristo iba a volver?».

Las promesas de Dios son ciertas. Han resistido la prueba del tiempo. Son fiables. Jesús lo expresó bien en su sermón sobre el tiempo del fin de Mateo 24. Después de abordar las señales de su retorno, Cristo declara: «El cielo y la tierra dejarán de existir, pero mis palabras no dejarán de cumplirse» (Mateo 24:35).

La segunda venida de Cristo no se basa en especulaciones ociosas. se arraiga en las promesas fiables, inmutables y ciertas de la Palabra de Dios. La segunda venida de Cristo revela que toda la historia avanza hacia un glorioso punto culminante,...destino final; que la vida se dirige a alguna parte, y que vamos a encontrarnos con Alguien que tiene la respuesta definitiva a todos los problemas de la vida. Y sin esta convicción no hay mucho por lo que vivir.

Promesas del regreso de Cristo

A lo largo de la Escritura, Cristo ha prometido regresar. Las promesas de su retorno resuenan por todas sus páginas. Alguien contó 1.500 pasajes en la Biblia que mencionan la Segunda Venida. Aparece en uno de cada 25 versículos del Nuevo Testamento, y en 23 de los 27 libros la describen. Por cada profecía del Antiguo Testamento relativa a la primera venida de Cristo, hay ocho sobre la segunda. Vamos a ver solo unos cuantos pasajes bíblicos que, a través de los siglos, revelan que Jesús volverá.

Uno de los primeros profetas en proclamar la gloria de la segunda venida de Jesús fue Enoc. Enoc se mantuvo tan unido a Dios que la Biblia dice que «camino» con Dios (Génesis 5: 22 RV95) y fue finalmente trasladado al cielo sin ver la muerte. Un niño pequeño, describiendo lo que había ocurrido con Enoc, lo expresó así: «Enoc y Dios solían darse largos paseos juntos. Un día, llegaron a estar más cerca de la casa de Dios que de la casa de Enoc, así que Dios dijo: "Enoc, estamos

más cerca de mi casa que de la tuya. ¿Por qué no te vienes conmigo?"». Enoc creía que un día todos iríamos a casa con Dios. Refiriéndose a la predicción de Enoc, dice Judas en el Nuevo

Testamento «Profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: "Vino el señor con sus santas decenas de millares» (Judas 1: 14 RV95).

Mil años antes de la primera venida de Jesús, el salmista David predijo no solo que vendría una vez para morir por los pecados de la humanidad, sino que volvería para llevarnos a casa: «Nuestro Dios viene, pero no en silencio» (Salmo 50: 3).

Sofonías es uno de los muchos profetas del Antiguo Testamento cuyos escritos suenan con la certeza del retorno de nuestro Señor: «¡Ya está cerca el gran día del Señor! ¡Ya está cerca, viene de prisa!» (Sofonías 1: 14).

En uno de los pasajes más magníficos de toda la Escritura sobre el regreso de nuestro Señor, afirma el apóstol Pablo: «Porque se oirá una voz de mando, la voz de un arcángel y el sonido de la trompeta de Dios, y el Señor mismo bajará del cielo. Y los que murieron creyendo en Cristo, resucitarán primero; después, los que hayamos quedado vivos seremos llevados, juntamente con ellos, en las nubes, para encontrarnos con el Señor en el aire; y así estaremos con el Señor para siempre» (I Tesalonicenses 4: 16-17). Estacando muy por encima de todos los demás profetas bíblicos, se encuentra Jesús, quien promete que volverá: "No se angustien ustedes. Crean en Dios y crean en mí. En la casa de mi Padre hay muchos lugares donde vivir; si no fuera así, yo no les hubiera dicho que voy a prepararles un lugar. Y después de irme y de prepararles un lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar» (Juan 14: 1-3).

El retorno de nuestro Señor no es especulación ociosa; es realidad. Es tan cierto como las promesas de la Palabra de Dios. Cristo ha empeñado su palabra en que volverá. Anhela venir para llevarnos a casa.

Burladores de los últimos días

Hay escépticos que creen que la venida de Jesús es un cuento de hadas. Para ellos, es una vana esperanza o una fábula ociosa. De lo que tal vez no se percatan es de que la profecía bíblica describe su propia condición. Nótese lo que dicen los burladores, lo que preguntan escépticamente: «¿Qué pasó con la promesa de que Cristo iba a volver? Ya murieron nuestros padres, y todo sigue igual desde que el mundo fue creado» (2 Pedro 3: 4).

En otras palabras, según ellos, no ha habido cambios importantes en la historia del mundo desde el principio. Las cosas han seguido produciéndose sobre una base uniforme. Entonces Pedro efectúa esta asombrosa observación: «Esa gente no quiere darse cuenta.. .» (versículo 5). Otra versión bíblica lo traduce así: «Estos ignoran voluntariamente. ..» (RV95). Una cosa es ignorar, pero otra es «ignorar voluntariamente».

Estas personas tenían los hechos ante ellas burlaron de los mismos y negaron la veracidad de la Palabra de Dios. Se ofuscaron en sus opiniones y no quisieron cambiar. Optaron por un

camino y, pese a la clara evidencia de la revelación, no cambiaron de modo de pensar ni renunciaron a sus hábitos largamente acariciados.

Jesús declaró lo siguiente sobre cómo entender la verdad: «Si alguien está dispuesto a hacer la voluntad de Dios, podrá reconocer si mi enseñanza viene de Dios» (Juan 7: 17). Comprender la voluntad de Dios es un asunto tanto del corazón como de la mente. Dios revela la verdad a quienes están dispuestos a seguirla.

¿Cómo sabemos si estamos totalmente entregados a Dios? Es muy fácil cantar el himno "Salvador, a ti me rindo", que incluye el verso «Todo rindo a ti», pero, ¿qué significa rendir todo? Si no hay nada en mi vida que no esté dispuesto a entregar a Dios cuando él me lo pida, entonces puedo estar seguro de que me he rendido totalmente a él.

Pedro luego describe tres actos de Dios que prueban que los burladores yerran cuando afirman enfáticamente que "todo sigue igual desde que el mundo fue creado» (2 Pedro 3: 4).

Dios creó el mundo por su palabra al principio («versículo 5).

Dios destruyó el mundo por su palabra en época del Diluvio (versículo 6).

Dios preserva este mundo cada día por su palabra (versículo 7).

Una de las preguntas que mucha gente plantea es: «¿Por qué no ha venido ya Jesús? 'Por qué está demorando su regreso?». El apóstol Pedro procede a responder ofreciéndonos una razón de la demora del retorno de Cristo. Ciertamente, Dios no se ha olvidado de su promesa: «Además, queridos hermanos, no olviden que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. No es que el Señor se tarde en cumplir su promesa, como algunos suponen, sino que tiene paciencia con ustedes, pues no quiere que nadie muera, sino que todos se vuelvan a Dios» (versículos 8-9).

El apóstol destaca este aspecto. El punto de vista de Dios sobre el tiempo y el nuestro son radicalmente diferentes. Lo que a nosotros nos parece largo, no es sino un minisegundo para él. El corazón de un Dios amante anhela que todas las personas sean salvas. Él espera pacientemente en su misericordia que el evangelio sea proclamado por toda la tierra para que todos tengan la oportunidad de responder a su gracia, aceptar su perdón, experimentar la «nueva vida» que él ofrece, y estar preparados para su retorno.

Después añade esta gloriosa certeza: «Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. Entonces los cielos se desharán con un ruido espantoso, los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, quedará sometida al juicio de Dios. Puesto que todo va a ser destruido de esa manera, ¡con cuánta santidad y devoción deben vivir ustedes!» (versículos 10-11).

He aquí tres verdades eternas de la Escritura:

Dios anhela que toda la humanidad se salve. Está dispuesto a aguantar mucho con ese fin. Espera pacientemente a que el evangelio se extienda por toda la tierra (ver Mateo 24: 14). No hay nada que Dios no quiera hacer para salvarle a usted. Para salvarle, ha concedido el más precioso don del cielo en Jesús. La muerte de Cristo en la cruz es para usted. El perdón de Cristo puede ser suyo. El poder de Cristo puede cambiar su vida.

Dios espera pacientemente que nos arrepintamos, crezcamos en gracia, y reflejemos su imagen. Él está trabajando activamente a través de su Espíritu Santo para completar en los últimos días su misión de proclamar su mensaje de amor a toda la tierra por medio de su pueblo. Él anhela que usted sea testigo de su amor y de su gracia ante las personas que le rodean, de modo que ellas también puedan estar preparadas para su próximo retorno.

La justicia de Dios requiere enfrentar pronto pecado. No se puede permitir que este continúe siempre. Cuando el mal llegue hasta cierto punto Jesús dirá: «Ya basta». Cuando las cifras acumulen pecado dirá: alcancen «Damas y caballeros, cierto nivel es hora de solo cerrar.

Se cuenta que cuando Billy Graham escribió su libro *World Aflame* (El mundo en llamas), le pasó el primer capítulo a Ruth, su esposa, para que lo revisara. Ella se sentó tranquilamente a leer esta poderosa descripción de las condiciones del mundo y luego levantó la vista para decirle: «Billy, si Cristo no viene pronto, tendrá que levantar a Sodoma y Gomorra de los muertos para disculparse con ellos, ya que esta generación es sin duda más pecadora que la de ellos». Sodoma y Gomorra pasaron el punto de no retorno. Dios destruyó estas malvadas ciudades de la llanura por medio de un abrasador incendio procedente del cielo.

El mal no tendrá la última palabra, la tendrá Dios. La maldad no durará para siempre. El pecado no reinará eternamente. Jesús promete que regresará.

Cuando el apóstol Pedro llega al final de su segunda epístola, nos da esta tranquilizadora promesa: «Pero nosotros esperamos el cielo nuevo y la tierra nueva que Dios ha prometido, en los cuales todo será justo y bueno» (2 Pedro 3: 13).

El apóstol Pedro comparte esta verdad eterna: «Alabemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo por la resurrección de Jesucristo. Esto nos da una esperanza viva, y hará que ustedes reciban la herencia que Dios les tiene guardada en el cielo, la cual no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse. Por la fe que ustedes tienen en Dios, él los protege con su poder para que alcancen salvación que tiene preparada, la cual los tiempos últimos» (1 Pedro 1 : 3-5). Comparecemos ante Dios en Cristo. Él es nuestra justicia. Todo lo que nosotros no somos lo es él. Todo lo que necesitamos se encuentra en él. Cristo nos justifica: en él nos presentamos ante Dios como si nunca hubiéramos pecado. Cristo nos santifica: si le dejamos, hará de nosotros lo que él anhela que seamos. Él trabaja en nuestros corazones para cambiarnos, para remodelarnos.

En Cristo somos aceptados como hijos e hijas suyos. Mientras crecemos diariamente en la gracia, nos asemejamos cada día más a Aquel a quien admiramos. Él espera pacientemente con

amor que cada uno de nosotros abra su corazón a su gracia transformará, a fin de estar preparados para su pronto retorno.

Listos para su retorno de su venida

Sir Ernest Shackleton, un explorador británico de origen irlandés, realizó numerosas expediciones al Antártico en los primeros años del siglo. En una de ellas sobrevino el desastre cuando su barco, el Endurance, quedó aplastado por el hielo. Él y su tripulación fueron a la deriva sobre láminas durante meses hasta que alcanzaron la isla Elefante.

Al ver que sus hombres estaban al borde del desastre, Shackleton salió con un equipo de cinco de ellos de nuevo sobre el agua. Abordaron un bote salvavidas de 22 pies (6,7 m) y navegaron rumbo a la isla de Georgia del Sur. Dieciséis días después de partir, la tripulación alcanzó la isla, sobre la cual Shackleton tuvo que salir a pie, caminando penosamente por las montañas cubiertas de nieve, abriendo senderos donde no los había, con temperaturas glaciales, hasta llegar a un pequeño pueblo ballenero. Pudo conseguir un barco para rescatar finalmente a su tripulación, todos cuyos miembros sobrevivieron a la prueba. Ninguno de ellos pereció en el frío. Él estuvo ausente durante meses, y sin embargo los hombres dejados atrás nunca perdieron la esperanza.

Las gélidas condiciones demoraron su retorno. Tres veces intentó llegar hasta ellos, pero las aguas marinas estaban tan congeladas que era imposible acceder a la isla Elefante. Las vías marítimas se encontraban obstruidas por el hielo. Finalmente, en un último esfuerzo, descubrió un estrecho pasillo a través del hielo.

Guiando su pequeño barco de regreso a la isla, se alegró mucho no solo de encontrar a sus hombres vivos, sino completamente preparados para subir a bordo. Pronto estuvieron en camino hacia la seguridad y el hogar.

Una vez que pasó la emoción del reencuentro, Shackleton les preguntó por qué los había encontrado listos para subir a bordo del barco tan puntualmente. La demora podía haber provocado fácilmente que las rutas marítimas se congelasen y los condenasen a muerte en aquella isla deshabitada, árida y glacial. Ellos le contaron que todas las mañanas su líder enrollaba su saco de dormir, diciendo: «Tengan sus cosas preparadas, muchachos; el jefe puede regresar hoy».

También nosotros nos hallamos aislados en esta isla del espacio que viaja a 67.000 millas [más de 107.000 km] por hora a través del cosmos, llena de terrorismo, desastres naturales, crimen, violencia e inmoralidad, pero tenemos esta esperanza que arde en nuestros corazones. Ella inspira nuestros espíritus y alienta nuestras almas. Nos levanta y nos anima a avanzar día tras día frente a las alegrías y tristezas de nuestras vidas. Es la esperanza de que se avecina la liberación. La esperanza de que Jesús viene de nuevo. La esperanza de que el rescate está cerca. La esperanza de que un día dejaremos este planeta en rebelión, enfermo de pecado, y nos dirigiremos a casa con Jesús para vivir con él para siempre.

La única manera de estar preparados para el pronto retorno de Jesús es tomar la inteligente decisión de permitirle que asuma todo el control de nuestras vidas hoy, mañana y siempre.

5. Preparados para su Regreso

Ha notado usted alguna vez cómo son de olvidadizos los hijos? Cuando era un muchacho de diez u once años, me costaba recordar mis tareas. Mamá a menudo me decía:

—Mark, ¿has hecho la cama?

—¡Oh!— respondía— Lo siento, mamá; se me ha olvidado

—Mark, ¿has limpiado tu habitación?

Oh!— respondía— Lo siento, mamá; se me ha

—Mark, ¿has sacado hoy la basura?

-Oh!— respondía— Lo siento, mamá; se me ha ol-

Sonriendo, ella decía:

—Mark, si se te vuelve a olvidar, te ataré una cinta roja en el dedo para que te acuerdes.

A veces olvidamos cosas que son importantes y necesitamos una simbólica cinta roja en el dedo para recordarlas. Necesitamos un recordatorio de lo que importa. Es fácil pasar por alto lo que más importa.

Las cosas temporales pueden desplazar a las cosas eternas. El problema no es solo nuestro, itambién lo tenían en la iglesia primitiva! Los creyentes del Nuevo Testamento corrían el peligro de olvidar la promesa del retorno de Cristo.

El recordatorio del apóstol Pedro

En torno al año 65 d.C., Pedro estaba prisionero en Roma, condenado a muerte por el emperador romano Nerón. Sabía que el fin se avecinaba. Solo tenía una cosa en mente: Jesús iba a venir otra vez con poder y gloria. Él había negado a su Señor tres veces en el mismo momento en que Jesús más le necesitaba. Pero Jesús es el Dios de la segunda oportunidad.

Pedro escribe a creyentes del siglo primero dispersos por Asia, pero sus palabras resuenan con relevancia eterna y su eco llega hasta nosotros por los corredores del tiempo para hablarnos en este tiempo y en este lugar. Él se dirige a creyentes que viven en el mundo real y luchan por mantenerse concentrados en las cosas que más importan. El apóstol declara: «Por eso les seguiré recordando siempre todo esto, aun cuando ya lo saben y permanecen firmes en la verdad que les han enseñado» (2 Pedro 1: 12). decía Los filósofos griegos tenían un dicho que más o menos así: «El tiempo borra todas las cosas» El paso del tiempo favorece que tendamos a olvidar.

A Pedro le preocupa especialmente recordar a los creyentes que la segunda venida de Cristo es una realidad. En 2 Pedro 1, el apóstol se refiere a la certeza de la venida de Cristo. En 2 Pedro 2, habla en tono urgente, recordando a los creyentes del siglo primero la realidad del juicio venidero. En el último capítulo de su breve Epístola, Pedro planta cara a los burladores para echar

por tierra el mito de que puede que Jesús no venga en absoluto. Expone las razones de la demora del advenimiento y efectúa un urgente llamado a todos los creyentes de todas las generaciones para prepararse para el retorno de nuestro Señor.

Pedro no habla solo a su generación, sino también a la nuestra. No se dirige solamente a la iglesia del siglo primero; sino también a la iglesia del siglo XXI. No solo a los creyentes esparcidos por Asia, sino a los creyentes congregados en todas partes. Escribe para recordarnos la verdad eterna del retorno de nuestro Señor.

Hermano, el Señor viene

Hace muchos años, un primo de la difunta reina Victoria, Lord Cecil, se convirtió a Cristo. Contaba la historia de que un día pasó por la casa de un hombre de quien sabía que había sido cristiano pero después se había alejado mucho de Cristo. Observó al hombre junto a su montón de leña, cortando laboriosamente madera para el horno de su cocina.

Consciente de que era un apóstata, que había sido un fiel testigo de su Salvador y ahora ya no asistía a la iglesia, Lord Cecil se detuvo y le gritó: «¡El Señor viene, hermano, el Señor viene!». No dijo nada más y siguió caminando.

La advertencia sobre la venida del Señor se abrió paso en el alma de ese hombre. Esas palabras alcanzaron su fuero interno. Como una espada de dos filos, le atravesaron el corazón. Su conciencia le golpeó. Aquel mensaje se repetía una y otra vez en su mente. «El Señor viene». Parecía que no podía olvidarlo. Este urgente llamado del siervo de Dios sobre la proximidad de la venida del Señor impresionó tanto a ese hombre que volvió a entregar su vida a Cristo y regresó a la iglesia.

Vivir a la luz de la segunda venida de Cristo afecta a tus decisiones y orienta tus elecciones; es un poderoso incentivo para una vida piadosa. El apóstol Pedro entendía esta realidad. No podía guardar silencio. Tenía algo de significado eterno que decir. Escuchemos sus palabras: «Mientras yo viva, creo que estoy en el deber de llamarles la atención con estos consejos. Nuestro Señor Jesucristo me ha hecho saber que pronto habré de dejar esta vida; pero haré todo lo posible para que también después de mi muerte se acuerden ustedes de estas cosas» (2 Pedro 1: 13-15).

Aquí el lenguaje es notable. El original Mientras griego estoy dice, al comienzo de la cita anterior: «en este tabernáculo», o «en esta tienda». Una tienda es una estructura temporal. Esto recordaría a los lectores cristianos judíos de Pedro las errantes andanzas de los israelitas durante cuarenta años, cuando moraban en tiendas.

La raíz griega de la palabra que se traduce aquí como «muerte» es el término «éxodo». Todos nos encontramos en medio de un éxodo: un viaje a través de un desierto en el tiempo y en la estructura, semejante a una tienda, de nuestro cuerpo. Como creyentes, somos peregrinos que pasan por este mundo de camino a la gloria que llegará cuando Jesús venga. Tenemos un destino. No vagamos sin sentido a ninguna parte.

Shakespeare definió una vez la vida como «un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada». Y hace cierto tiempo, un periódico universitario celebró un concurso para seleccionar la mejor definición de la palabra «vida». Esta es la que ganó: «La vida es la pena que pagamos por el delito de haber nacido».

Pero el anciano apóstol exhala un soplo de esperanza. La luz atraviesa la oscuridad. Jesús viene otra vez.

Pedro basa su convicción en dos hechos inmutables: «La enseñanza que les dimos sobre el poder y el regreso de nuestro Señor Jesucristo, no consistía en cuentos inventados ingeniosamente, pues con nuestros propios ojos vimos al Señor en su grandeza» (versículo 16). «Esto hace más seguro el mensaje de los profetas, el cual con toda razón toman ustedes en cuenta. Pues ese mensaje es como una lámpara que brilla en un lugar oscuro» (versículo 19). es lo que dice Pedro: «¡No pierdan la esperanza!»

Uno de los mayores fracasos radica en no entender que la vida en este planeta no durará para siempre. La historia no es un ciclo sin fin de acontecimientos que se mueven en círculos hacia ninguna parte. Toda la historia avanza hacia un evento grandioso y culminante en la segunda venida de Cristo. Conforme pasa el tiempo y se demora su retorno, existe la tendencia a vivir como si su venida no fuera muy relevante a fin de cuentas. Pedro enfrenta estos asuntos en los capítulos 2 y 3 de su segunda Epístola, que nos recuerdan la realidad del regreso de Cristo.

La venida de Cristo no seguirá siempre demorándose

En 2 Pedro 2, el apóstol se centra en el hecho del juicio venidero, pero es en el capítulo 3 donde se ocupa de los burladores y revela la razón de la demora del advenimiento. Cada versículo está lleno de significado, así que empezamos con: «Esta es, queridos hermanos, la segunda carta que les escribo. En las dos he querido, con mis consejos, hacerlos entender rectamente. Acuérdense de lo que en dijeron los santos profetas» (2 Pedro 3: 1-2).¹ Razona Pedro no dejará que lo olviden, Existe una primordial para su carta: mantener fresco en todos el retorno de nuestro Señor. Prosigue luego una dura reprensión a los burladores.

Advierte contra los falsos maestros: «Sobre todo tengan esto en cuenta: que en los días últimos vendrá gente que vivirá de acuerdo con sus propios malos deseos, y que en son de burla preguntará: "¿Qué pasó con la promesa de que Cristo iba a volver? Ya murieron nuestros padres, y todo sigue igual desde que el mundo fue creado"» (versículo 4).

El mensaje principal de Pedro está claro. Los burladores se pueden burlar. Los mofadores pueden mofarse. Los escarnecedores pueden escarnecer. Los incrédulos pueden dudar. Los escépticos pueden negarla, pero eso no cambia la verdad eterna ni un ápice. Jesús viene otra vez, y eso llena la vida de sentido. Obsérvese cuidadosamente lo que dice Pedro: «Vendrá gente que vivirá de acuerdo con sus propios malos deseos».

Con frecuencia nuestra moralidad nos dicta nuestras creencias. Lo que uno cree impacta en cómo vive, y cómo vive uno impacta en lo que cree. Muchos hombres, muchas mujeres descartan

la verdad divina por causa de algún pecado presente en sus propias vidas. Si usted está luchando con alguna verdad divina, fórmúlese esta pregunta: «¿Es porque no la entiendo? ¿Es que necesito más conocimiento? ¿O es que hay en mi vida algún pecado largamente acariciado, alguna práctica arraigada, alguna conducta cuestionable, alguna actitud egoísta interiorizada, y eso me hace reacio a cambiar?». ».

A menudo nos estancamos en nuestra experiencia cristiana, no porque necesitemos más conocimiento, ni porque no conozcamos bastante, ni que necesitemos descubrir alguna nueva y asombrosa revelación, sino porque hay algún pecado oculto, algún hábito consolidado y enraizado en nuestras vidas. Existen actitudes y prácticas contrarias a la voluntad de Dios que requieren cirugía espiritual, y a cirugía puede ser dolorosa.

¿Por qué no pedirle a Dios que nos hable al corazón y revele nuestras actitudes, aquellas en las que no somos como niños, a fin de acabar con ellas en el nombre de Jesús? Oro para que el Espíritu Santo revele el pecado acariciado de manera que podamos renunciar a él. Oro para que el Espíritu Santo esté tan poderosamente presente en nuestras vidas que veamos nuestra pecaminosidad, abandonemos nuestros pecados y, por la gracia de Cristo, salgamos vencedores.

Hay una excelente definición de la santidad a la que Pedro llama al pueblo de Dios de los últimos días: «La santidad es integridad para con Dios: es la entrega total del corazón y la vida para que revelen los principios del cielo» (Ellen G. White, *El Deseado de todas las gentes* [Doral, Florida: IADPA, p. 522]).

¿Tiene Jesús cada parte de ti y cada fibra de ser? ¿Eres de Cristo y totalmente de Cristo? ¿Estás completamente entregado a Dios? En 2 Pedro 3 el apóstol llama al discipulado radical. Pide una renuncia mucho más profunda de la que los burladores están dispuestos a efectuar. Pedro utiliza algunos argumentos poderosos contra estos burladores. Esto es lo que dice: «Además, queridos hermanos, no olviden que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (versículo 8).

«Esa gente no quiere darse cuenta de que desde tiempos antiguos ya existía el cielo, y también la tierra, que Dios con su palabra hizo salir del agua y la mantiene en medio del agua. También por medio del agua del diluvio fue destruido el mundo de entonces. Pero los cielos y la tierra que ahora existen, están reservados para el fuego por el mismo mandato de Dios. Ese fuego los quemará en el día del juicio y de la perdición de los malos» (versículos 5-7).

Los burladores no logran entender dos aspectos decisivos:

1. No comprenden la visión que tiene Dios del tiempo. La relación divina con el tiempo es radicalmente diferente de la nuestra. Dios nunca tiene prisa. Él se ocupa del gran conflicto de un modo que su amor, gracia y poder se revelen a todo el universo. Se preocupa por la seguridad del universo para siempre.
2. No entienden la paciencia de Dios, ni su bondad llena de gracia al desear que toda la humanidad se salve.

«No es que el Señor se tarde en cumplir su mesa, como algunos suponen, sino que tiene paciencia con ustedes, pues no quiere que nadie muera, sino todos se vuelvan a Dios» (versículo 9).

Por qué espera Jesús

¿Te has preguntado alguna vez por qué Jesús no viene de una vez a poner fin a tanto dolor? ¿Te has preguntado por qué espera tanto a completar la tarea? Si nos ama, ¿por qué no vuelve pronto y acaba con todo este sufrimiento? ¿Cuántos niños más deben morir de hambre hasta que sea suficiente? ¿Cuántos desastres naturales más, o guerras, deben tener lugar antes de que diga: «Se acabó»?

La demora del advenimiento no se debe a que Dios sea lento. Él no se retrasa en cumplir sus promesas. Tiene paciencia y aguanta. Su aguante no solo tiene que ver con la divina misericordia llena de gracia y con su paciente anhelo de salvar a toda la humanidad. También tiene que ver con su sufrimiento. El pecado hace sufrir a Dios. El planeta rebelde causa tristeza a su corazón.

Ha soportado el dolor del pecado durante miles de años porque en su gran amor no quiere que una sola persona se pierda. Su corazón está roto por el pecado. Su capacidad de sufrir es directamente proporcional a su capacidad de amar. Su sufrimiento comenzó el día en que se inició el pecado y no terminará hasta que el pecado termine. Él es el «Cordero que fue sacrificado desde la creación del mundo» (Apocalipsis 13: 8 NVI).

Cuando Jesús contempla, día tras día, el dolor y el sufrimiento en este mundo, su corazón se aflige. Isaías lo expresa acertadamente: «En toda angustia de ellos él fue angustiado» (Isaías 63: 9 RV95).

Plantea el profeta Jeremías: «¡Ustedes, los que van por el camino, deténganse a pensar si hay dolor como el mío, que tanto me hace sufrir! ¡El Señor me mandó esta aflicción al encenderse su enojo!» (Lamentaciones 1: 12). Cristo colgó de la cruz del Calvario pagando el precio definitivo por los pecados de toda la humanidad, experimentando la ira completa de Dios contra el pecado por usted y por mí. Como dice una escritora: «La cruz es, para nuestros sentidos entorpecidos, una revelación del dolor que, desde su comienzo, produjo el pecado en el corazón de Dios. Le causan pena toda desviación de la justicia, todo acto de crueldad, todo fracaso de la humanidad en cuanto a alcanzar su ideal» (Ellen G. White, La educación [Doral, Florida: IADPA, 2009], p. 238).

La mayor motivación para desembarazarnos del pecado y la rebelión es que provoca dolor en Aquel que tanto nos ama.

En los últimos versículos, el apóstol centra el rayo láser de la verdad en su súplica final. Realiza un urgente y poderoso llamamiento a que estemos listos para la venida de nuestro Señor. El anciano apóstol sabe que le queda poco tiempo. Reconoce que va perdiendo muchas oportunidades. Su llamado es directo y sincero. Resuena con la seguridad del retorno del Señor. «Pero el día del

Señor vendrá un ladrón. Entonces los ciclos se desharán con un ruido espantoso, los cietnentos serán destruidos por el filego . I. Puesto que todo va a scr destruido de esa manera, icon cuánta santidad y devoción deben vivir ustedes!» (2 Pedro 3: 10-1 1).

La urgente súplica de Pedro, bajo la brillante luz de la segunda venida de Cristo, es un llamado a la santidad. Dios tiene un problema: el problema del pecado. Este reina en el universo y reina en nuestros corazones.

El asunto central en el gran conflicto tiene que ver con el carácter de Dios. ¿Es la influencia de la gracia mayor que el influjo del pecado? ¿Es el amor de Dios más poderoso que el egoísmo? ¿Habrá alguna vez un grupo de personas en este mundo que ame a Jesús más de lo que aman al pecado, cuyos corazones estén más concentrados en el cielo que en las cos\$ de este mundo, cuyas mentes se mantengan fijas en la eternidad y que lleven vidas de servicio totalmente consagradas, altruistas y piadosas?.

¿Qué es lo que puede romper el dominio del pecado en nuestras vidas? ¿Qué puede transformarnos a la imagen divina? 'Qué puede liberarnos de las cadenas del mal que nos ciega? ¿Qué puede sacarnos de las prisiones que tan frecuentemente nos atrapan? Solo hay una cosa que tenga el poder de hacerlo: la cruz del Calvario.

¿Por qué la cruz es el remedio para el problema del pecado? En la cruz vemos el amor en acción. En la cruz vemos al justo y divino Hijo de Dios, sufriendo en su agonía y entregando su vida por nosotros.

En la cruz el divino Hijo de Dios asume la culpa, el peso, la carga, la vergüenza, la condenación de nuestro pecado. Amamos a Cristo porque él nos amó primero. Cuando realmente entendemos lo que hizo por nosotros en la cruz, estamos dispuestos a entregarle toda nuestra vida.

Vivir para el mundo venidero

Recientemente mi esposa y yo estuvimos en un pueblecito de la parte sur del centro de Inglaterra. Grabado en piedra podía leerse este letrero: «Toda vida noble deja para siempre sus hilos entretejidos en la obra del mundo».

Tiene usted una vida que vivir. ¿Qué dejará atrás? ¿Cuál será su legado? Qué entretejerá en la tela de este mundo? ¿Vivirá bajo la gozosa luz de la segunda venida de Cristo? ¿Saldrá con el corazón lleno de la esperanza de su retorno y con un compromiso nuevo a impactar a alguien para Cristo?

Charles Studd comprendió la diferencia de existir con propósito. Había vivido totalmente dedicado al deporte, buscando la fama en el equipo inglés de críquet. En 1884, después de que su hermano George enfermara gravemente, Charles se sintió terpelado por la cuestión: «¿De qué valen toda la fama y los halagos cuando un ser humano se enfrenta con la eternidad?».

Tuvo que admitir que, desde su conversión seis años antes, hab'la permanecido en un «estado de infelicidad y apostasía». Como resultado de la experiencia, dijo: «Supe que el críquet no duraría, que los aplausos no durarían, que nada en este mundo duraría, y que solo valía la pena vivir para el mundo venidero».

Charles Studd aceptó la invitación de Hudson Taylor y pasó quince años como misionero en China, seis años como pastor en la India, y más de veinte años en el corazón de África compartiendo a Cristo en pueblos africanos cuyos habitantes nunca habían oído el nombre de Cristo. El pastor Studd resumió el propósito de su vida en el conocido poema "Only One Life, 'Twill Soon Be Past" (Solo una vida, que pronto pasará).

«Cuando los brillos de este mundo me tienten con fuerza,
cuando Satanás se anote una victoria;
cuando el yo se abra paso, entonces ayúdame, Señor,
a decir con gozo: solo una vida, que pronto pasará,
solo lo que hice por Cristo durará».

6.Las Buenas Noticias del Juicio

Daniel Webster fue uno de los estadistas y oradores más conocidos de Estados Unidos. Su brillante elocuencia y su capacidad para cautivar al público en los primeros tiempos del país hicieron de él uno de los oradores más populares de entonces. En una ocasión le preguntaron cuál consideraba que era el pensamiento más importante que alguna vez había albergado en su mente. Contestó: «El sentido de mi responsabilidad individual ante Dios». Luego agregó: «Este pensamiento no es agradable para quienes viven en sus pecados y al margen de una relación con él, y en consecuencia no están preparados para afrontar las tremendas cuestiones involucradas. Pero, se afronten o no, el hecho es el mismo: "Así Pues, cada uno de nosotros tendrá que dar cuenta de sí mismo a Dios" [Romanos 14: 12]. Todos somos responsables ante Dios, como lo declara su Palabra, y [...] no podemos eludir nuestra responsabilidad».

Las palabras de Daniel Webster nos invitan a revisar cuidadosamente nuestras decisiones. Las decisiones son el material de que está hecha la vida, y ellas determinarán nuestro destino eterno. Dios nos ha creado con libre albedrío y somos responsables de las decisiones que tomamos. El juicio implica responsabilidad moral. Se refiere al hecho de que no somos simples máquinas ni productos del azar biológico.

Afirma Pablo: «Porque todos tenemos que presentarnos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o lo malo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo» (2 Corintios 5: 10). Pero el juicio tiene que ver con más, mucho más, que con nosotros. Tiene que ver, asimismo, con la lucha universal entre el bien y el mal. Se centra en una batalla cósmica e intergaláctica por el control del universo..

Dios, juzgado

En este capítulo quiero compartir con usted un cuadro más general y una visión más amplia del juicio que afecta poderosamente a nuestras vidas.

El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, trata por entero de esta guerra que Satanás le ha declarado a Dios. Se ocupa de esta gigantesca lucha universal. Apocalipsis se centra en el final del conflicto ni secular entre el bien y el mal. Lucifer, un ángel rebelde, desafió la justicia, la rectitud y la sabiduría de Dios. Proclamó que el Creador es injusto. En esta manera en que ha administrado el universo. En el centro mismo de este conflicto acerca del carácter de Dios está el juicio final de Apocalipsis. Juan declara: «Luego otro ángel, el cual volaba en medio del cielo.

Tenía el evangelio eterno, para predicarlo [. . . a toda nación, raza, lengua y pueblo. Ese ángel decía con fuerte voz: "Teman a Dios, y denle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua"» (Apocalipsis 14: 6-7 RVC).

Nótese en especial que, en relación con el evangelio eterno, se encuentra la declaración «la hora de su juicio ha llegado». Se trata de la hora en que todo el universo verá la bondad de nuestro Dios. De una vez para siempre los seres de los mundos no caídos comprobarán, en la hora del juicio, que Dios ha hecho todo lo que podía para salvar a todos los seres humanos.

Hay **tres hechos referentes** al juicio del tiempo del fin en Apocalipsis que conviene observar claramente.

Hecho n° 1: El juicio final de Dios revela su justicia y su misericordia. Tiene que ver con su amor y su ley. Con su gracia para salvar y su poder para liberar. Revela a un mundo expectante y a un universo que observa las provisiones divinas para salvar a toda la humanidad.

El juicio es parte de la solución final de Dios en el gran conflicto entre el bien y el mal en el universo.

Responde a las acusaciones de Satanás de que Dios es injusto y desleal. Cuando aparezcan nuestros nombres en juicio delante de Dios, Jesús preguntará ante el universo entero: «¿Podría haber hecho algo para salvar a esta persona?». Infinidad de registros del cielo, minuciosos y exactos serán abiertos y se mostrará de una vez por todas que no había nada más que Jesucristo pudiera haber hecho para salvarnos. El Padre y el Hijo han hecho todo lo posible para salvar a este planeta caído. Si nos perdemos, es debido a nuestra decisión de rechazar el amor que anhela que seamos eternamente salvos.

Todo el universo, incluidos los mundos caídos, verán las innumerables veces que Dios envió a su Espíritu Santo a nuestros corazones. Contemplantos las incontables ocasiones en que Jesús nos atrajo hacia él. La mayoría entenderá más profundamente la magnitud de su amor al venir a este planeta en rebelión, viviendo la vida que nosotros debiéramos haber vivido y muriendo la

muerte que nosotros debiéramos haber experimentado. Él tomó nuestro lugar en la cruz para que pudiéramos compartir su trono en el cielo.

Todo esto tenía un propósito: salvarnos. En el análisis final, todo ser del universo verá que el Calvario es bastante, que la cruz es suficiente. Jesús no podía hacer nada más. Ha hecho todo lo que podía para redimirnos. Todo el universo estallará en un canto entusiasta: «Grande y maravilloso es todo lo que has hecho, Señor, Dios todopoderoso; rectos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de las naciones» (Apocalipsis 15: 3).

El juicio de Apocalipsis revela el inconcebible amor de Dios así como su justicia al enfrentar el conflicto entre el bien y el mal. Muestra definitivamente, ahora y para siempre, en el presente y por toda la eternidad, que el cielo no podía haber hecho nada más para salvarnos. Si hubiera habido algo más que el Cielo pudiera haber hecho para salvarnos, Jesús lo habría hecho.

Hecho nº 2: El juicio final establece el trono de Cristo para siempre. A lo largo de la historia, Dios ha permitido que el pecado prevaleciese durante mucho tiempo hasta enviar sus juicios. Aunque nos ha creado con libertad de elegir, él es soberano. Nuestras elecciones nunca pueden reemplazar su plan global para este mundo. El pecado y la rebelión tienen límites.

En la época anterior al Diluvio, Dios llamó a los seres humanos por medio de Noé durante ciento veinte años. Una vez que todos recibieron sobrada oportunidad de recibir el mensaje del cielo, cayeron los juicios de Dios con el comienzo de las lluvias. En los días de la antigua Babilonia, Dios envió a su testigo Daniel a esa nación pagana.

Daniel vivió en Babilonia como cautivo durante más de setenta años. Día tras día dio testimonio a los babilonios del estilo de vida que Dios defiende. Finalmente Babilonia rechazó por completo la invitación divina a seguir sus caminos.

El reino alcanzó la cúspide de su rebelión contra Dios bajo el joven rey Belsasar. Las Escrituras declaran del rey babilonio: «Y ahora Su Majestad, Belsasar, que es hijo de aquel y que sabe lo que le pasó, tampoco ha vivido con humildad» (Daniel 5: 22).

Babilonia sabía pero no actuó. Nuestro gran pecado no es que no sepamos; es que no hagamos lo que sabemos. Nuestro gran pecado no es la ignorancia, sino la rebelión del corazón humano contra los principios divinos del cielo.

En su libro *Authentic Christianity* [Cristianismo auténtico], John Stott lo expresa así: «Necesitamos arrepentirnos de la manera arrogante en que a veces nos erigimos en jueces de la Escritura y debemos aprender, en lugar de ello, a inclinarnos humildemente bajo sus juicios. Si nos acercamos a la Escritura prejuiciados, esperando oír de ella solo un eco de nuestras propias ideas y nunca el trueno de Dios, entonces ciertamente él no nos hablará y solo quedarán confirmados nuestros propios prejuicios. Debemos permitir que la Palabra de Dios nos interpele, que perturbe nuestra seguridad, que socave nuestra autocomplacencia y que eche por tierra nuestras pautas de pensamiento y conducta.

Cuándo fue la última vez que se sintió usted interpelado por algo en la Palabra de Dios?

Cuándo fue la última vez que la Palabra de Dios perturbó su seguridad?

¿Cuándo fue la última vez que leyó algo en la Escritura y dijo: «Realmente necesito efectuar un cambio en mi vida»?

Las pecaminosas civilizaciones del pasado recibieron la oportunidad de arrepentirse pero, cuando rechazaron la misericordia de Dios, desdeñaron su amor y volvieron la espalda a su gracia, finalmente cayeron sobre ellas los juicios divinos. Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma llenaron su copa de iniquidad y, en el momento designado por Dios en la agenda del cielo, recibieron sus juicios.

En un maravilloso comentario sobre el Antiguo Testamento, podemos leer: «Con infalible exactitud el Infinito sigue llevando cuenta con las naciones. Mientras ofrece su misericordia, y llama al arrepentimiento, esta cuenta permanece abierta; pero cuando las cifras llegan a cierta cantidad que Dios ha fijado, el ministerio de su ira comienza. La cuenta se cierra. Cesa la paciencia divina. La misericordia ya no intercede en favor de aquellas naciones» (*Ellen G. White, Profetasy Reyes* [Doral, Florida: IADPA, 20091, pp. 243-244]). Dios es misericordioso. Siempre manda un mensaje de advertencia y arrepentimiento antes de aplicar sus juicios. Antes de su juicio final, envía el mensaje del evangelio eterno a toda la tierra. Cada persona del planeta tendrá la última oportunidad de aceptar las verdades de su Palabra y prepararse para su pronto retorno. Una vez que este mensaje final sea rápidamente proclamado a todos los pueblos de la tierra, saldrá el decreto que dice: «El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía. ¡Vengo pronto!, y mi galardón conmigo» (Apocalipsis 22: 11-12 RV95). Pronto caerán los juicios divinos sobre la tierra, y las fuerza del mal serán destruidas para siempre.

Si hubo un momento en el que hemos de asegurarnos de que nuestras vidas están a bien con Jesús, ese momento es ahora. Si hubo una época en la que debiéramos asegurarnos de que no hay nada entre nuestras almas y nuestro Salvador, esa época es actual. Si hubo un tiempo en el que tener certidumbre de nuestra salvación en Cristo, ese tiempo es hoy. Vivimos al borde de la eternidad; no es momento de jugar a juegos religiosos. NO es momento de la para un cristianismo ficticio. El llamamiento hora del juicio exige una total entrega de nuestras vidas a Cristo.

Hecho nº3 El juicio final de Dios revela la justicia salvífica de Jesús y su triunfo sobre Satanás y los poderes del mal.

Hay una maravillosa descripción del juicio en Apocalipsis 4 y 5. El apóstol Juan escribe: «Después de esto, miré y vi una puerta abierta en el cielo; y la voz que yo había escuchado y me dijo: "Sube acá y te mostraré de éstas"» (4: cosas 1). Jesús que tienen nos invita que a suceder mirar a destrape después vés de la puerta abierta en el santuario del cielo para contemplar las grandiosas escenas del gran conflicto entre el bien y el mal.

¿Qué vemos cuando miramos a través de la puerta abierta del cielo? ¿Qué oímos cuando orientamos nuestros oídos hacia el cielo? ¿Qué escena atrapa la atención de todas las huestes celestiales? Vemos un trono instalado allí (versículo 2). Dios se sienta en él como legítimo gobernante del universo. La escena muestra la entronización de Cristo después de su resurrección y ascensión al cielo. El arco iris alrededor del trono representa la justicia y la misericordia de Dios. Su amor y su ley.

Hay veinticuatro ancianos rodeando el trono (versículo 4). ¿Quiénes son estos veinticuatro ancianos ahí reunidos? Son hombres y mujeres de todos los siglos resucitados en el momento de la resurrección de Cristo y que ascendieron al cielo con él (Mateo 27: 52; Efesios 4: 7). Estas son buenas noticias.

Hay algunos redimidos de la tierra que se encuentran alrededor del trono de Dios. Ellos afrontaron tentaciones, como las afrontamos nosotros. Experimentaron los mismos desafíos en la vida que nosotros experimentamos, y similares problemas a los nuestros, pero en cada generación hubo personas que salieron victoriosas. Por medio de la gracia de Cristo y el poder del Dios viviente, superaron las poderosas tentaciones de Satanás. Visten «de blanco», lo que representa la justicia de Cristo y cubre y purifica sus pecados.

Los ojos de Juan se centran entonces en cuatro criaturas vivientes situadas junto al trono de Dios. ¿Quiénes son estos cuatro seres de Apocalipsis 4:6-7? Estos cuatro seres vivientes encarnan la ofrenda de alabanza que todo el cielo dará a Jesús a lo largo de todas las edades por su amor sacrificial. Representan a los seres de todos los mundos no caídos, a todos los seres celestiales y a todos los redimidos.

Este crescendo de alabanza conduce a un himno de suprema glorificación: «Tú eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado todas las cosas; por tu voluntad existen y han sido creadas» (Apocalipsis 4: 11). Jesús es nuestro Creador, nuestro Redentor y nuestro Rey venidero. Él es quien nos creó, nos ha redimido y vendrá nuevamente por nosotros. Apocalipsis 4 es el preludio de Apocalipsis 5.

En la visión de Juan de la sala del trono del universo nos un rollo en la mano del Padre eterno. Este rollo, poco común, está escrito por ambos lados.

Un ángel se adelanta y pregunta con voz fuerte: «¿Quién es digno de abrir el rollo y romper sus sellos?» (Apocalipsis 5: 2). El destino de toda la especie humana está registrado en ese rollo. La suerte de millones y millones va a quedar decidida. Parece que no hay nadie en el cielo que pueda representar a la humanidad ante el trono de Dios. El rollo contiene obviamente los registros eternos de todos los seres humanos.

Todo el cielo está en silencio. Entonces se escucha el sonido del llanto. ¿Nadie puede abrir el rollo? ¿Se condenarán para siempre los seres humanos? Espera, que hay Uno que da un paso adelante. Declara Juan: «Pero uno de los ancianos me dijo: "No llores más, pues el León de la tribu de Judá, el retoño de David, ha vencido y puede abrir el rollo [. . .]". Entonces . . .] vi un Cordero. Estaba de pie, pero se veía que había sido sacrificado» (versículos 5-6).

Cuando Jesús, el Cordero de Dios que ha sacrificado su vida por la salvación de toda la humanidad, toma el rollo del juicio y lo abre, todo el cielo estalla en entusiástica aclamación. Cantan un canto nuevo de eterna alabanza: «Tú eres digno de tomar el rollo y de romper sus gentes de toda raza, lengua, pueblo y nación. Bellos hiciste un reino, hiciste sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra» (versículos 9-10).

El Cristo viviente nos representa en el juicio, y ante el universo entero declara que somos suyos. Él está por nosotros. Podemos encarar el juicio con confianza porque lo encaramos con él.

La visión del Juicio según Daniel

Existe una escena paralela en Daniel 7. Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma ascienden y oprimen al pueblo de Dios. Un poder político religioso que surge de Roma falsifica la verdad de Dios y persigue a su pueblo durante la Edad Media. Luego, la atención de Daniel es atraída de la tierra al cielo, donde se encuentra la sede del tribunal divino. El profeta declara: «Seguí mirando, hasta que fueron puestos unos tronos y un Anciano se sentó. Su vestido era blanco como la nieve, y su cabello como lana limpia. El trono y sus ruedas eran llamas de fuego [. . .]. Miles y miles le servían, y millones y millones estaban de pie en su presencia. El tribunal dio principio a la sesión, y los libros fueron abiertos» (Daniel 7: 9-10). Miríadas de seres celestiales se congregan alrededor del trono de Dios. El Hijo del hombre, Jesucristo, llega adonde se encuentra el Anciano de Días (versículo 13). Se celebra el a favor del pueblo de Dios.

En Cristo, a través de Cristo, y por causa de Cristos fieles son exonerados ante el universo. El sacrificio de Cristo es suficiente. La vida perfecta de él expía las vidas imperfectas de ellos. La muerte de él reemplaza a la muerte eterna de ellos. En el juicio final Satanás y sus fuerzas malignas son condenadas. Su destrucción final es un hecho. Jesús recibe el reino y se lo da a sus fieles seguidores (versículos 26-27). Él reinará por los siglos de los siglos.

Los seres celestiales esperan anhelosos este juicio final.

No tenemos nada que temer. Jesús nos representa en el juicio, y los poderes del mal son derrotados. A lo largo de las edades eternas, cantamos alabanzas y damos gloria a Jesús. El nos redimió. Derramó su sangre por nosotros. Sacrificó su vida por nosotros. Es nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro Cordero inmolado, nuestro Sumo Sacerdote intercesor, nuestro Cristo viviente.

Jesús es todo lo que necesitamos y todo lo que desea nuestro corazón. No tenemos por qué temer al juicio, lo cual es una buena noticia. La buena noticia de que su gracia es suficiente. La buena noticia de que su poder es mayor que los poderes del mal. La buena noticia de que Satanás no tendrá más dominio sobre nosotros. La buena noticia de que el mal desaparecerá para siempre. La buena noticia de que Jesús reinará eternamente, y de que nosotros también podemos reinar con él por la eternidad.

7. Soplan vientos poderosos

La carrera armamentística ha regresado. En 2015 Estados Unidos gastó 598.500 millones de dólares para incrementar su capacidad militar. Desde 1945, este país ha producido más de 70.000 cabezas nucleares. Rusia también sigue produciendo armas atómicas a ritmo estremecedor. Y asimismo China, desde hace tiempo, forma parte del club nuclear. La amenaza de una guerra nuclear total sigue siendo alarmante. Corea del Norte ha probado un nuevo tipo de misil balístico intercontinental, coronado por una «ojiva pesada de enorme tamaño», que podría impactar en suelo estadounidense. De acuerdo con las proyecciones, el misil, armado con una cabeza nuclear, podría alcanzar Los Ángeles en 38 minutos, Chicago en unos 45, y Nueva York y Washington D. C. en una hora. Para millones de personas, resulta de lo más aterrador que gobernantes humanos de varias naciones puedan sumir al mundo en una guerra atómica con solo apretar un botón. Aparentemente, en la actualidad son capaces de disparar un misil con cabeza nuclear y golpear a cualquier ciudad importante del planeta.

Jesús realmente tenía razón cuando advirtió en Lucas 21: 26-28: «La gente se desmayará de miedo al pensar en lo que va a sucederle al mundo; pues hasta las fuerzas celestiales serán sacudidas. Entonces se verá al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria. Cuando comiencen a suceder estas cosas, ánimen y levanten la cabeza, porque muy pronto serán libertados».

Los devastadores efectos de una guerra nuclear

Por primera vez en la historia, la especie humana tiene la capacidad de autodestruirse. La aniquilación nuclear es posible. ¿Cuáles serían los efectos de un ataque nuclear limitado? El Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos encargó un estudio científico sobre los efectos de la guerra nuclear. Participaron científicos de algunas de las más prestigiosas universidades estadounidenses. Esta es su conclusión: «Además de las decenas de millones de muertes durante los días y semanas posteriores al ataque, probablemente habría millones adicionales (quizá decenas de millones) de fallecimientos en los meses o años siguientes».

Sin la perspectiva divina, las cosas pueden parecer sombrías. Pueden ser absolutamente escalofriantes; por eso Jesús declaró que «la gente se desmayará de miedo». El estrés emocional es una de las principales razones de dolencias cardíacas hoy en día. Las personas se agobian al mirar al futuro. Sienten incertidumbre acerca de lo que se avecina. No saben qué esperar.

Enfrentando el futuro con confianza Examinando el futuro de dos mil años después, Juan el Revelador pronostica la posibilidad de la aniquilación mundial que presenciamos hoy ante nosotros. Pero existe una gran diferencia: Juan revela que hay esperanza para nuestros días, para mañana y para siempre.

«El séptimo ángel tocó su trompeta, y se oyeron fuertes voces en el cielo, que decían: "El reino del mundo es ya de nuestro Señor y de su Mesías, y reinarán por todos los siglos". Los veinticuatro ancianos que estaban sentados en sus tronos delante de Dios, se inclinaron hasta el suelo y adoraron a Dios, diciendo: "Te damos gracias, Señor, Dios todopoderoso, tú que eres y

que eras, porque has tomado tu gran poder y has comenzado a reinar. Las naciones se han enfurecido; pero ha llegado 8] el día de tu ira, el momento en que has de juzgar a los muertos; y darás la recompensa a tus siervos los profetas, a tu pueblo santo y a los que honran tu nombre, sean grandes o pequeños; y destruirás a los que destruyen la tierra"» (Apocalipsis 1 1: 15-18).

Las naciones de este mundo tiemblan y se estremecen ante el Cristo vivo. Los despóticos líderes mundiales no destruirán este planeta guerreando unos contra otros en algún holocausto nuclear. La tierra tiembla. Los seres humanos se espantan. La guerra nuclear es una amenaza, pero nuestro Señor está al timón. Hay esperanza en el horizonte.

Dios dirá la última palabra. Él hará el último movimiento. Los vientos del Espíritu soplarán por todo el mundo, y la luz de la verdad del cielo se proclamará a toda nación, lengua, tribu y pueblo. Decenas de miles que nunca han oído hablar del evangelio responderán a la Palabra de Dios. El Cielo está preparando el mayor reavivamiento espiritual de la historia. En un momento de crisis inusuales, Dios se prepara para hacer algo sorprendente, y usted y yo podemos tomar parte en ello. Y eso es lo que quiero abordar en este capítulo.

Hay dos aspectos que quiero compartir en relación con esta poderosa intervención de Dios en las horas finales de la tierra. El primero es lo que los fuertes vientos del Espíritu Santo quieren hacer en nosotros, y el segundo lo que el Espíritu quiere hacer a través de nosotros. Vamos a ver dos pasajes muy familiares sobre los «vientos del Espíritu». Oro para él toque el corazón de usted e intervenga poderosamente en su experiencia vital mientras lee estas páginas. Leer este capítulo puede ser uno de los momentos más importantes de su vida. Mientras lo hace, pida a Dios que abra su corazón a la influencia del Espíritu Santo. Pídale que grabe profundamente su voluntad en el corazón de usted.

La historia de Nicodemo

¿Quién era ese Nicodemo que llegó adonde Jesús por la noche? Sabemos que debía de ser muy rico. Cuando Jesús murió, Nicodemo llevó, según el Evangelio de Juan, «unos treinta kilos de un perfume, mezcla de mirra y áloe», para ungir su cuerpo (Juan 19: 39). Solo un hombre muy adinerado podía conseguir un perfume tan caro. Nicodemo era muy respetado y procedía de una familia de lo más aristocrática.

Era un hombre desconcertado. Tenía todas las apariencias externas de la religiosidad, pero sentía una carencia radical. La parafernalia externa no satisfacía las necesidades de su corazón. En su alma había un dolor profundamente arraigado. Esto ocurría entonces y ocurre ahora. A menudo lo que vemos por fuera no es lo que realmente sucede por dentro. Lo que aparenta ser no es. El manto de religiosidad no suple nuestras íntimas necesidades. Nicodemo

97

estaba insatisfecho con lo que tenía y anhelaba más. Albergaba un hambre oculta, una sed insaciable, que todas las prácticas religiosas no colmaban.

La religiosidad no es nunca un sustitutivo de la espiritualidad. Nicodemo llegó de noche para encontrar la luz. Llegó envuelto por la oscuridad para descubrir un nuevo amanecer. Llegó en secreto, pero un día sería testigo en público.

Dirigiéndose a Jesús, dijo: «Maestro, sabemos que Dios te ha enviado a enseñarnos, porque nadie podría hacer los milagros que tú haces, si Dios no estuviera con él» (Juan 3: 2). Percibiendo su necesidad, comprendiendo su anhelo interior, Jesús pasó por alto su comentario y le habló directamente corazón.

«Jesús le dijo: "Te aseguro que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios"» (versículo 3).

Nicodemo quedó sorprendido. Realmente no entendía las palabras de Jesús, así que preguntó: «¿Y cómo puede uno nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso podrá entrar otra vez dentro de su madre, para volver a nacer?» (versículo 4), Nicodemo no cuestionaba que ese cambio fuera deseable, sino que fuera posible. Sabía que necesitaba un cambio de corazón, pero no tenía poder para realizarlo. Sabía que algo le faltaba. Que le era preciso algún tipo de transformación radical. Quería un cambio, ansiaba un cambio, pero no podía cambiarse a sí mismo.

Puede que usted también se haya sentido como Nicodemo. Practica las formalidades externas de la religión, pero algo le falta en su interior. Alberga en el corazón un deseo de profundizar más, pero usted lucha con si es o no posible. O tal vez no es usted religioso en absoluto, y no obstante siente un doloroso anhelo en su interior. Suspira por algo más en la vida y no está seguro de lo que es. Experimenta un vacío dentro que nada parece satisfacer realmente.

Fue en este momento cuando Jesús introdujo la gran fuente del poder en el universo. «Te aseguro que el que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (versículo 5). El agua es símbolo de purificación. El Espíritu es símbolo de poder.

Jesús continuó: «Lo que nace de padres humanos, es humano; lo que nace del Espíritu, es espíritu. No te extrañes de que te diga: "Todos tienen que nacer de nuevo". El viento sopla por donde quiere, y aunque oyes su ruido, no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así son también todos los que nacen del Espíritu» (versículo 6).

Examinemos cuidadosamente este pasaje. Jesús expuso una gran ley de la naturaleza humana. Sin ayuda divina, somos carne y luchamos con la frustración y la derrota. Podemos desear hacer las cosas bien, pero no tenemos poder para llevar adelante nuestros deseos. Por nosotros solos, carecemos de poder. En nuestra condición pecaminosa, con nuestras tendencias heredadas y cultivadas al pecado, no demos vencer sin ayuda divina. Este es un universal de la naturaleza humana.

Vidas transformadas por la gracia

Pero, de acuerdo con Jesús, la victoria es posible. Nuestras vidas pueden ser radicalmente transformadas. Podemos encontrar sentido y un profundo propósito en la vida, así como el poder para cambiar. Cuando la tercera persona de la Divinidad, el Espíritu Santo, entra en nuestras vidas,

con él llega la esencia del poder divino. Cuando el Espíritu sopla como el viento en el corazón y en la vida del creyente, la frustrante derrota se convierte en una gloriosa victoria.

El viento del Espíritu sopló sobre los discípulos y:

- Santiago y Juan, los Hijos del Trueno, se convirtieron en los apóstoles del amor.
- Tomás, el que estaba consumido por la duda, se llenó de fe.
- El débil y vacilante Pedro se volvió firme y valeroso.

El viento del Espíritu sopló sobre algunos ginados judíos y:

- Dos hombres poseídos por demonios fueron berados y se convirtieron en los primeros misioneros cristianos
- Una joven atractiva que había manchado su pureza moral fue transformada por la gracia. María fue la última en la cruz y la primera en la tumba. Llegó a ser un testigo poderoso del amor redentor de Cristo.

El viento del Espíritu sopló sobre:

- Un joven rebelde cuya vida había ido trágicamente mal. Colgó de una cruz al lado de Jesús y en un instante cambió su existencia.
- Un encallecido centurión romano cuyo corazón cambió junto a la cruz. Presenció el milagro del amor y su vida ya nunca volvió a ser la misma.
- Un ardiente y devoto perseguidor de los cristianos, Saulo, que se convirtió en el poderoso apóstol y evangelista Pablo.

El Espíritu Santo todavía obra milagros de gracia divina en los corazones humanos. Lo que nunca podemos realizar por nosotros mismos él lo puede realizar en nosotros. Lo que es imposible para nosotros es posible para él. El viento del Espíritu es poderoso. Cambia la vida. Es regenerador. El apóstol Pablo formula esta poderosa declaración: «Por lo tanto, el que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; se convirtieron en algo nuevo» (2 Corintios 5: 17). En Cristo nos convertimos en una «nueva persona». El mismo Espíritu Santo que actuó tan activamente en la creación original para traer vida a este mundo, crea nueva vida en todos los que abren su corazón a este poder que transforma la existencia.

El apóstol Pablo luego añade estas palabras: «Pero Dios nuestro Salvador mostró su bondad y su amor por la humanidad, Y, sin que nosotros hubiéramos hecho nada bueno, por pura misericordia nos salvó lavándonos y regenerándonos, y dándonos nueva vida por el Espíritu Santo» (Tito 3: 4-5).

La regeneración desciende hasta las profundidades más recónditas del alma, transformando nuestros pensamientos, realineando nuestros afectos, redirigiendo nuestra voluntad, y modificando nuestros actos.

Escribiendo a los creyentes de Éfeso, quienes vivían en medio de una sociedad decadente y corrupta, Pablo quiere que conozcan «cuán grande y sin límites es su poder [el poder de Dios], el cual actúa en nosotros los creyentes. Este poder es el mismo que Dios mostró con tanta fuerza y potencia cuando resucitó a Cristo» (Efesios 1: 19).

El cristianismo no es meramente aceptar un conjunto de creencias y luchar vanamente por vivir conforme a ellas. No es apretar los dientes y decir: «Voy a hacer esto aunque me cueste la vida». Es enamorarse del Cristo que nos redimió en la cruz del Calvario de manera que le permitamos transformarnuestras vidas por medio de su Espíritu Santo.

El Espíritu es el don más precioso de Cristo para usted y para mí. Jesús anhela que los vientos del Espíritu soplen sobre su vida y la mía para cambiarlas radicalmente y conformarlas a su imagen.

Lo que dice la Escritura

Para algunas personas, el Espíritu Santo es algo ilusorio. Les resulta difícil captar quién es. Según la Biblia, el Espíritu Santo es la tercera persona de la Divinidad. Las Escrituras hablan mucho más de lo que hace, que de su naturaleza. He aquí unas cuantas cosas que dice la Biblia sobre él:

- Es el «Espíritu que da vida» (Romanos 8: 2).
- Es el Espíritu «de poder, de amor y de buen juicio» (2 Timoteo 1: 7).
- Es el «Espíritu de gracia» (Hebreos 10: 29 RV95).
- Es el «Espíritu de la verdad» (Juan 14: 17).
- Es el «glorioso Espíritu de Dios» (1 Pedro 4: 14).
- Nos convence de pecado, nos enseña los caminos de Dios, y revela la belleza de Jesús a nuestras ansiosas almas (ver Juan 16:7-8, 13-14).

Es por medio del poder del Espíritu Santo como puede realizarse un completo cambio en nuestras vidas. Es gracias a su poder como podemos vencer toda debilidad, impulso e inclinación heredada genéticamente en nuestra naturaleza humana, y los pecados que hemos cultivado mediante nuestras reiteradas decisiones personales. Jesús nos libra del castigo del pecado y de su poder sobre nosotros. Si esto no es cierto, entonces el evangelio posee escaso poder. Necesitamos liberarnos de la culpa, pero nos hace falta mucho más: que el Espíritu Santo transforme nuestras vidas. Eso es exactamente lo que nos brinda Jesús. Él ha prometido que el Espíritu las transformará radicalmente. Pero todavía hay más.

Repetición del Pentecostés

Será por medio del poder del Espíritu Santo como se proclamará rápidamente el evangelio al mundo. Así ocurrió en el siglo primero, y así volverá a ocurrir. Lo que sucedió en el Pentecostés

para la iglesia del Nuevo Testamento, sucederá de nuevo para el pueblo de Cristo de los últimos días.

Retrocedamos al siglo primero y revisemos una vez más la experiencia de aquellos creyentes del Nuevo Testamento cuando sopló un viento poderoso.

La misión que tenían ante ellos parecía imposible. La tarea resultaba abrumadora. El mundo romano del siglo primero era una sociedad corrupta, inmoral y materialista. Jesús alentó a ese pequeño grupo de creyentes con la promesa del Espíritu Santo. Les dijo: «No les corresponde a ustedes conocer el día o el momento que el Padre ha fijado con su propia autoridad; pero cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí, en Jerusalén, en toda la región de Judea y de Samaria, y hasta en las partes más lejanas de la tierra» (Hechos 1: 7-8). En otras palabras: «No se preocupen tanto del momento exacto de mi retorno que pierdan de vista lo esencial: abrir el corazón al ministerio del Espíritu y recibir su poder para que puedan ustedes cambiar el mundo».

Los discípulos obedecieron el mandato de Cristo. Oraron. Confesaron sus pecados. Una ambición desplazó a todas las demás, un deseo llenó sus mentes, una meta dominó sus vidas: ganar a gente para Cristo, salvos para su reino. Y Dios contestó a sus oraciones colectivas: «Cuando llegó la fiesta de Pentecostés, todos los creyentes se encontraban reunidos en un mismo lugar. De repente, un gran ruido que venía del cielo, como de un viento fuerte, resonó en toda la casa donde ellos estaban» (Hechos 2: 1-2).

El derramamiento del Espíritu es comparado con un viento fuerte que sopla sobre la tierra. El Espíritu toca los corazones. Abre las mentes. La verdad clara como el mediodía brilla en las mentes oscurecidas. El miedo de los discípulos desapareció. Se marchó como una sombra que se desvanece. La noche oscura de la tristeza había terminado. Había llegado la mañana. La fe inundaba sus corazones. El poderoso derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés impulsó a la iglesia cristiana con fuerza.

El poderoso derramamiento del Espíritu volverá a producirse

El mismo Espíritu Santo que fue derramado sobre los creyentes del Nuevo Testamento para impulsar a la iglesia de Hechos se derramará más abundantemente con el poder de la lluvia tardía para concluir la obra de Dios en la tierra.

Veamos una profecía asombrosa en Apocalipsis 18: 1: «Después de esto, vi otro ángel que bajaba del cielo; tenía mucha autoridad, y la tierra quedó iluminada con su resplandor».

Dios hizo lo imposible en el siglo primero, y lo hará de nuevo. El Espíritu Santo actuó poderosamente entonces, y volverá a hacerlo. Usted puede ser testigo de su amor a este mundo en estas horas críticas de la historia. Las personas buscan, indagan, desean, anhelan algo sólido a lo que aferrarse. Existe una sensación de incertidumbre acerca del futuro, la impresión de que algo está a punto de ocurrir, pero la gente se pregunta qué es. Hay un sentimiento de ansiedad en el aire.

Dios está abriendo las puertas para la proclamación del evangelio en todo el mundo. Naciones en otro tiempo cerradas se están abriendo milagrosamente. A través de Internet, la radio y televisión por satélite, las publicaciones y otros medios diversos, el Señor está llegando a personas con su mensaje de la verdad bíblica para esta hora de la historia de la tierra. Está ocurriendo algo notable y usted puede ser parte de ello. Dios abrirá las puertas para que usted comparta el evangelio con otros.

La manera más eficaz de alcanzar a los demás con el evangelio es permitiendo que Dios cambie mi propio corazón. Cuando él hace algo por nosotros, puede hacer algo con nosotros, No existe mayor satisfacción y alegría que ver cómo otros encuentran un propósito más profundo para sus vidas a través de Cristo.

Oro para que el Espíritu Santo transforme de tal manera la vida de usted que descubra el gozo de compartir el amor y la gracia de Jesús con los demás. Pronto la tierra será iluminada con la gloria de Dios. Pronto el conocimiento de su Palabra llegará hasta los confines de la tierra. Pronto, muy pronto, toda persona tomará su decisión final a favor o en contra de Cristo. Pronto se emitirá el llamamiento definitivo y pronto vendrá Jesús. Oro para que las chispas del reavivamiento enciendan una llama en nuestros corazones para que en breve podamos arder y brillar para gloria de Dios.

¿Le gustaría a usted decir: «Jesús, quiero entregarte hoy mi vida, pedirte que me llenes con tu Santo Espíritu para poder ser un eficaz testigo tuyo en la obra final»?

8. Las naciones oirán

Uno de los más importantes episodios de la Primera Guerra Mundial fue el hundimiento del transatlántico RMS Lusitania, de la compañía naviera Cunard. Alemania emprendió la guerra submarina contra el Reino Unido. La Marina Real Británica había bloqueado a Alemania para cortar las líneas de suministro germanas. El Lusitania fue detectado y torpedeado por el submarino alemán U-20 el viernes 7 de mayo de 1915, y se hundió en dieciocho minutos. El barco se sumergió a once millas [casi 18 km] del cabo Old Head of Kinsale (Irlanda), matando a 1.198 personas y dejando 763 supervivientes.

Asociada a este desastre, hay una historia relevante para los cristianos creyentes en la Biblia que viven en los últimos días de la historia humana. Lord Joseph Duveen era el director norteamericano de una prestigiosa compañía de arte de Estados Unidos. En 1915 planificó enviar a uno de sus expertos a Inglaterra para examinar cierta cerámica antigua. Reservó un pasaje en el Lusitania. La embajada alemana emitió la advertencia de que el transatlántico podía ser torpedeado.

Lord Duveen quiso cancelar el viaje. «No puedo correr el riesgo de que resultes muerto», le dijo a su joven experto en cerámica. «No se preocupe», replicó el joven. «Soy buen nadador y, cuando leí acerca de lo que estaba ocurriendo en el Atlántico, empecé a curarme pasando tiempo todos los días en una bañera de hielo. Al principio solo podía soportarlo unos minutos, pero esta

mañana permanecí en la bañera casi dos horas». Naturalmente, Lord Duveen se rió. Sonaba ridículo. Pero este osado joven zarpó y el Lusitania fue torpedeado.

Lo asombroso es que el joven fue rescatado después de cinco horas en las gélidas aguas y se encontraba todavía en excelentes condiciones. Se había preparado de antemano para los duros tiempos que se aproximaban. En su sermón de Mateo 24 sobre los eventos del tiempo del fin, Jesús pronuncia tres advertencias para que nos preparemos por anticipado para su retorno. En el versículo 4, declara: «Tengan cuidado de que nadie los engañe». En otras palabras: «Permanezcan alerta». En el versículo 42 añade: «Manténganse ustedes despiertos, porque no saben qué día va a venir su Señor». Dicho de otro modo: «Permanezcan pendientes de las señales que se producen a su alrededor». Y, en tercer lugar, nuestro Señor advierte en el versículo 44: «También estén preparados; porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen».

Obsérvese que, de acuerdo con este texto (y con el original), Jesús no dice «Prepárense», sino «Estén preparados». Nuestro mundo está lleno de incertidumbre. En muchos aspectos, el futuro parece sombrío. Los científicos advierten del calentamiento global que está derritiendo las capas de hielo polares y puede amenazar con inundar miles de ciudades costeras. Los desastres naturales se incrementan. Huracanes, tornados, incendios forestales y terremotos se están convirtiendo en algo corriente. Los crímenes violentos crecen rápidamente. Nuestras ciudades se han vuelto inseguras. Y este auge de la delincuencia no tiene lugar solo en las zonas degradadas de las ciudades. Los delitos de cuello blanco, cometidos por ejecutivos empresariales, también son cada vez más frecuentes.

La economía del mundo occidental se tambalea sobre un fino alambre entre la prosperidad y la pobreza. Las armas nucleares están en manos de más naciones que nunca antes y suponen una creciente amenaza. La moralidad disminuye. Lo anormal se ha convertido en la «nueva normalidad», y muchos apenas se dan cuenta de lo que realmente está en marcha.

El apóstol Pablo añade: «Pero ustedes, hermanos, no están en la oscuridad, para que el día del regreso del Señor los sorprenda como un ladrón. Todos ustedes son de la luz y del día. No somos de la noche ni de la oscuridad; por eso no debemos dormir como los otros sino mantenernos despiertos y en nuestro sano juicio» (1 Tesalonicenses 5: 4-6).

La Biblia ofrece una visión divina sobre lo que se avecina en este mundo. Las profecías de Daniel y Apocalipsis, combinadas, nos dan información privilegiada. Revelan los asombrosos acontecimientos que pronto se manifestarán en la tierra. El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, desenmascara los planes de Satanás y desvela los planes de Dios para las últimas generaciones. Apocalipsis 18, en particular, se centra en los importantes eventos que conducen a la culminación de la historia humana. Este capítulo describe lo que se avecina con detalles bastante concretos. El apóstol Juan declara: «Después de esto, vi otro ángel que bajaba del cielo; tenía mucha autoridad, y la tierra quedó iluminada con su resplandor» (Apocalipsis 18: 1). El ángel desciende desde la gloriosa presencia de Dios, en la sala del trono del universo, con el encargo de proclamar el último mensaje de Dios para advertir a los habitantes de la tierra lo que va a llegar.

El texto dice que el ángel viene con «muchísima autoridad». La palabra griega traducida como autoridad es *exousia*. Jesús emplea esta palabra en el Evangelio de Mateo en el contexto del envío de sus discípulos para cumplir la misión. En Mateo 10: I Jesús concede a sus discípulos «autoridad» sobre los poderes infernales. En Mateo 28 una vez más los envía, pero esta vez con «toda autoridad en el cielo y en la tierra» para que vayan a hacer discípulos «a las gentes de todas las naciones» (versículos 18-19).

El diablo no se va a rendir sin luchar duramente. Pronto entraremos en la batalla de los siglos entre el bien y el mal. El consejo de Pablo a los efesios tiene hoy para nosotros una relevancia creciente: «Y ahora, hermanos, busquen su fuerza en el Señor, en su poder irresistible. Protéjanse con toda la armadura que Dios les ha dado, para que puedan estar firmes contra los engaños del diablo. Porque no estamos luchando contra poderes humanos, sino contra malignas fuerzas espirituales del cielo, las cuales tienen mando, autoridad y dominio sobre el mundo de tinieblas que nos rodea» (Efesios 6: 10-12).

Obsérvese cuidadosamente la claridad de la declaración y el consejo de Pablo. Estamos en una batalla entre el bien y el mal. No se trata de una contienda ficticia o imaginaria. Es real. De ahí el consejo del apóstol: «Busquen su fuerza en el Señor, en su poder irresistible».

El Cristo victorioso

En esta batalla Jesús es nuestro poder en la debilidad. Jesús es nuestra fuerza en las pruebas. Jesús es nuestra luz en la oscuridad. Jesús es nuestra victoria en la tentación. Jesús es nuestra esperanza en la desesperación. Jesús es nuestra sabiduría en la confusión. Jesús es nuestro sanador en la enfermedad. Jesús es nuestro poderoso vencedor en la feroz batalla entre el bien y el mal mientras permanezcamos bajo su poder.

Vimos desarrollarse esta batalla ante nuestros ojos recientemente en África. Nuestras reuniones se celebraron en Mwanza (Tanzania). Asistieron miles y miles de personas. Muchas de ellas tenían creencias arraigadas en la brujería, el poder de los encantamientos, la influencia de sus seres queridos muertos, y la magia de los conjuros de los hechiceros y las fuerzas demoníacas. Experimentamos personalmente el poder de Dios en liberaciones milagrosas de las garras de las fuerzas diabólicas. Me referiré solo a dos experiencias para ilustrar este asunto. Los hechiceros a menudo usan amuletos para enviar una maldición a otras personas. Pero no se puede arrojar una maldición sobre un hijo de Dios. Dijo claramente Jesús: «Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10: 28 RV95). Estas maldiciones solo impactan a quienes creen en ellas y cuya fe no está anclada completamente en Jesús.

Una de las brujas del pueblo depositó una maldición en sus amuletos diabólicos y luego colocó estos amuletos en un estrecho sendero del pueblo. La maldición echada sobre tales objetos consistía en que cualquiera que los pisara experimentaría enseguida un dolor insoportable en los pies y en las piernas. Una pobre mujer del pueblo caminaba por el sendero y pisó los amuletos. Inmediatamente sintió un horrible dolor en las extremidades inferiores. Sufrió durante diez largos años. Recabó la ayuda de médicos hechiceros que ella creía que eran más fuertes que quien le

había echado la maldición. Buscó y buscó, pero nadie pudo ayudarla. Visitó iglesias cristianas, pero tampoco allí encontró un poder que la aliviase.

Finalmente, en la providencia de Dios, conoció a unos cristianos adventistas comprometidos y creyentes en la Escritura. Empezaron a estudiar la Biblia con ella. Tras percibir su desesperada situación, le dieron dinero para el largo y penoso viaje en autobús hasta nuestras reuniones en Mwanza. Teníamos habilitada una carpa para orar, en la que aproximadamente mil «guerreros de la oración» oraban fervientemente por la gente durante el día. En esa carpa, se producían regularmente liberaciones de las poderosas fuerzas del mal.

Cuando nuestros guerreros adventistas de la oración pidieron a Dios por ella e impusieron las manos sobre esta mujer del pueblo con las piernas doloridas, el poder del Espíritu Santo vino a ella. Quedó sanada de inmediato. Desapareció el dolor. Salió gozosa en el Señor, asistió a nuestras reuniones, y tomó la decisión de bautizarse para entregarse plenamente a Jesucristo. El poder de Dios es mayor que el poder del maligno. No hay poder en la tierra al que Jesús no haya vencido ya. Él es el poderoso vencedor.

Mi colega Geoffrey Mbwana es tanzano. Una tarde, mientras nos hallábamos congregados para orar y compartir experiencias después de nuestra reunión evangelística en el estadio, el pastor Mbwana nos animó a orar por una joven atormentada por demonios. De hecho, ella afirmaba que los demonios la habían atacado con un machete. Cuando el pastor Mbwana se reunió con ella, pudo ver los terribles cortes por todo su cuerpo, algunos de los cuales estaban aún sangrientos y frescos, y creyó su historia. Desde los ataques demoniacos, la joven estaba tan traumatizada que no podía hablar y, para comunicarse, tenía que hacer signos con las manos.

Llena de horror y absoluta desesperación, la madre de la joven la trajo a nuestras reuniones. La llevaron a la carpa de oración. Se elevaron oraciones fervientes, tras lo cual tuvo lugar una lucha terrible, y la muchacha fue milagrosamente liberada. El pastor Mbwana informó a nuestro equipo que acababa de volver de un encuentro con ella y la joven ya era otra persona. Se encontraba tranquila, llena de paz, y ya podía hablar.

El apóstol Pablo nos recuerda que «las armas que usamos no son las del mundo, sino que son poder de Dios capaz de destruir fortalezas» (2 Corintios 10:4).

En Cristo el diablo es un enemigo derrotado. Sean cuales sean los ataques que usted afronte, las tentaciones que el maligno le envíe, los desafíos que tenga que enfrentar, las dificultades que experimente, encare a Satanás en el nombre de Jesús. Él nunca ha perdido una batalla contra el diablo. Él es el poderoso conquistador que derriba las fortalezas del infierno, triunfando sobre las potencias del mal y derrotando al enemigo por nosotros.

Las armas de nuestra guerra son espirituales, no terrenales ni carnales:

- Hay poder en la oración.
- Hay poder en la Palabra de Dios.
- Hay poder en el evangelio de Cristo.

- Hay poder en Jesús para derrotar al diablo una y otra vez.

Todas las noches en Mwanza recibíamos historias de conversiones, liberaciones milagrosas, personas arrancadas de las garras de Satanás, y numerosos informes de personas que se bautizaban. Una de mis Imágenes favoritas es la de una mujer que había estado esclavizada a los espíritus malignos, de pie junto a un montón de cenizas en su bautismo. Cuando pregunté: «¿Qué es eso que tiene a su lado en el suelo?», la respuesta fue sencilla: las cenizas de todos sus amuletos y libros de ocultismo, quemados por ella. Estos creyentes africanos recién conversos sabían que cuando eran liberados de la opresión del mal por la omnipotencia divina, tenían que deshacerse de sus artículos diabólicos.

No podían mantener una posición ambigua. Era o Cristo, o Satanás, No retuvieron nada del pasado. Se entregaron total y absolutamente a Cristo.

¿Qué tiene usted que debiera desechar, abandonar, renunciar por amor a Jesús? Solo hay seguridad escuchando la llamada de Cristo y rompiendo definitivamente con el pasado. Nuestra única seguridad llega si renunciamos a todo lo que nos impide el total compromiso con Jesús.

Él declaró: «Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!» (Lucas 11: 13). El Espíritu Santo vendrá con poder ilimitado para cambiar nuestras vidas y hacernos testigos de Cristo en este mundo justo antes de su retorno.

¿No es sabio que abramos nuestros corazones para recibir el poderoso derramamiento del Espíritu?

¿No es sabio pedir a Jesús que saque de nuestras vidas todo lo que obstaculizaría ese poderoso derramamiento del Espíritu?

¿No es sabio buscar a Dios para la necesaria purificación del corazón que nos permita recibir al Espíritu Santo en toda su plenitud?

La tierra, iluminada con la gloria de Dios

Observemos ahora lo que dice Apocalipsis 18: 1: «Y su gloria iluminaba la tierra» (RVC). A lo largo de Apocalipsis, hay tres palabras vinculadas entre sí. Son «gloria», «honor» y «poder».

Vemos estas palabras en 4: 11: «Tú eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder».

Consideremos 5: 13: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean dados la alabanza, el honor, la gloria y el poder por todos los siglos!». Nótese una vez más la asociación entre la gloria, el honor y el poder.

Similar es también lo que leemos en 19: 1: «¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios».

Y en 21: 26: «Llevarán a ella [a la Nueva Jerusalén, regida por Dios] la gloria y el honor de las naciones» (RV95).

El gran conflicto entre el bien y el mal en el universo gira en torno al honor de Dios, a su reputación.

Tiene que ver con su gloria —su carácter— y con su poder. ¿Es su poder realmente suficiente para liberar a su pueblo de las garras del maligno? ¿Es su gracia realmente suficiente para nosotros? Satanás, un ángel rebelde, ha declarado que Dios es injusto, que exige adoración pero da poco a cambio. El diablo declara que la ley de Dios es arbitraria, restringe nuestra libertad y limita nuestra alegría.

La vida, muerte y resurrección de Jesús refutaron ese mito. Aquel que nos creó se sumió en el nido de víboras que es este mundo para redimirnos. En la cruz contestó a las acusaciones de Satanás y demostró que Dios es a la vez amoroso y justo.

Cautivado por su amor, y preocupado por su honor, su pueblo del tiempo del fin revela su gloria ---su carácter amoroso y autosacrificado— a un mundo egocéntrico e impío, y la tierra queda iluminada por el carácter de Dios.

Una deuda demasiado grande que pagar

Nuestra obediencia es siempre la respuesta a su amor, por el poder de su gracia. Es la gratitud por todo lo que Cristo ha hecho por nosotros lo que motiva nuestra conducta y nos conduce a entregar la totalidad de nuestras vidas a él. Existe una maravillosa historia que ilustra estupendamente este punto.

Nicolás II fue uno de los zares más benéficos de Rusia. En cierta ocasión visitó a las tropas rusas estacionadas en una solitaria fortaleza cosaca.

Era una noche fría en la que el viento aullaba tristemente en torno a la antigua fortaleza y golpeaba las ventanas de una oficina en la que se hallaba sentado un joven. El conde Ivánovich miraba al fuego con ojos inexpresivos; no había nada que él pudiera hacer: estaba acabado

Ivánovich era el favorito de la sociedad, tanto en Moscú como en San Petersburgo: valiente, elegante, hermoso, era el preferido de todos. Su padre había ostentado un alto rango militar y había servido fielmente al zar hasta su muerte. Ahora la deshonra y la desgracia se cernían sobre el conde. Llevaba meses viviendo muy por encima de sus posibilidades, y estaba fuertemente endeudado. Una errónea decisión había conducido a otra. Su mala situación empeoró aún más. Empezó a robar de los fondos del regimiento. Tenía intención de devolverlo algún día, pero nunca lo hizo. Ahora era demasiado tarde. Se había llevado mucho.

Sus deudas se elevaban como una montaña delante de él. Al día siguiente los auditores militares llegarían a la fortaleza para revisar las cuentas.

La mesa que tenía detrás estaba llena de libros de contabilidad abiertos. Examinó las cifras hasta que la cabeza empezó a dolerle. Sería juzgado en consejo de guerra, destituido de su prestigioso cargo, y quizá encarcelado. Sí, su carrera estaba acabada.

Contemplando angustiado el fuego, el joven asolado por la culpa proclamó: «No hay otra salida». Se levantó para tomar su pistola, y, cuando regresaba a su sitio ante la chimenea, los libros de contabilidad abiertos le llamaron la atención. Se sentó, los repasó de nuevo una y otra vez, y luego hizo algunos cálculos aproximados en una hoja de papel; todo era inútil, así que, pistola en mano, volvió a su asiento junto a la lumbre.

No había prisa; le quedaban cinco o seis horas. Mirando fijamente al fuego, pensó que en la leña que ardía veía una imagen de su vida malgastada. Observando las llamas, agotado, desmoralizado, se sumió en un profundo sueño, aún sujetando el arma en la mano.

A medianoche el zar llegó a la fortaleza. Avanzando por el pasillo, le sorprendió ver una luz bajo la puerta de la oficina del joven a esas horas. La abrió suavemente y miró adentro. Lo que vio fue una pila de libros de contabilidad sobre la mesa y a su amigo, el conde Ivánovich, dormido en una silla con una pistola en la mano.

Asombrado, se acercó a examinar los libros y halló sobre la mesa una hoja de papel con las palabras «Io que debo»; les seguían una larga lista de números; y al final, un garabato de rasgos infantiles que decía: «Una deuda enorme, ¿quién puede pagarla?».

El zar miró más detenidamente a su amigo dormido y observó la infelicidad y la desesperación en su rostro; luego tomó una pluma, añadió unas pocas palabras al pie de la página, retiró la pistola con cuidado, y salió. Cuando amaneció, el conde Ivánovich se despertó. El día que le traería la temida auditoría comenzó. Solo había una salida, pero, ¿dónde estaba la pistola? Se levantó para buscarla; entonces se dirigió a la mesa. No estaba allí, pero vio algo que atrapó su mirada con incredulidad. Era simplemente una hoja de papel con una extensa lista de deudas escritas con su propia letra, pero en la que algo había sido añadido desde que se quedase dormido. Bajo su desesperada pregunta «¿Quién puede pagarla?», ahora aparecía escrito: «Yo lo haré. Nicolás, el zar».

Extraños sucesos acontecieron ese día en la fortaleza. Llegaron dignatarios reales. También se presentaron los auditores. Mensajeros iban y venían y, sorprendentemente, la dirección del cuartel pospuso la auditoría militar durante tres meses. El conde Ivánovich fue convocado a la capital para prestar un periodo de servicio en palacio. El zar le llamó para una entrevista, y este fue el momento decisivo de su vida. Ivánovich merecía prisión, pero recibió gracia. La compasión, el perdón y la misericordia del zar hicieron del joven alguien honesto, honorable y próspero.

Usted y yo debemos una cantidad que es demasiado grande para poder pagarla. Nuestro endeudamiento es tan elevado que supera con mucho nuestra capacidad de pagar el importe adeudado. La ley demanda justicia absoluta y perfecta. Ninguna otra cosa vale. Jesús fue absoluta

y perfectamente justo, y él ofrece su justicia en lugar de nuestra pecaminosidad. La deuda que debemos es mucho mayor que nuestra capacidad de pagarla, pero él la pagó toda.

Este es el último mensaje que se ha de proclamar a un mundo sumergido en la oscuridad espiritual y que han de transmitir tres ángeles en medio del cielo: «Teman a Dios, y denle gloria» (Apocalipsis 14: 7 RVC). No hay gloria en nuestras obras, ni en nuestra justicia, ni en nuestra bondad. Toda la gloria es de Dios.

Esto es lo contrario de la falsa enseñanza propia de la confusión religiosa de tantas iglesias. Una fe basada en obras humanas o arraigada en la opinión humana más que en la Palabra de Dios no resistirá en la última gran crisis de la tierra. Nuestro texto proclama: «Con fuerte voz gritaba: "¡Ya cayó, ya cayó la gran Babilonia! ¡Se ha vuelto vivienda de demonios! ¡Pues todas las naciones se emborracharon con el vino de su prostitución; los reyes del mundo se prostituyeron con ella, y los comerciantes del mundo se hicieron ricos con su exagerado derroche"» (Apocalipsis 18: 2-3).

Las fuerzas diabólicas controlan la Babilonia espiritual. Todas las naciones se han emborrachado con el vino de su prostitución [«fornicación», según otras versiones]. El vino representa la falsa doctrina. El pueblo queda confundido en su manera de pensar, toma el error como si fuera la verdad y concluye que la verdad es el error. Desecha las claras verdades de la Palabra de Dios en favor de las opiniones y tradiciones humanas.

La fornicación es una unión ilícita. Observemos cuidadosamente quién se une en esta alianza del tiempo del fin. Hay una Babilonia espiritual, una falsa religión basada en enseñanzas humanas.

Babilonia se une con «los reyes del mundo» y «los comerciantes del mundo». Apocalipsis 18 pinta una unión de religiones falsas o apóstatas, poderes políticos —las naciones de la tierra— e instituciones financieras y poderes económicos. Esta triple unión integra una alianza del mal para perseguir finalmente al pueblo de Dios.

Apocalipsis 18 es el último llamamiento de Dios a toda la humanidad. «Luego oí otra voz del cielo que decía: "Salgan de ella, pueblo mío, para que no sean cómplices de sus pecados, ni los alcance ninguna de sus plagas"» (versículo 4 NVI).

¿Dónde está la mayoría del pueblo de Dios? En Babilonia. ¿Y cuál es el último llamado divino? «Salgan de ella, pueblo mío, para que no sean cómplices de sus pecados». ¿Qué es el pecado? Es «transgresión de la ley» (1 Juan 3: 4 NVI). Dios llama a su pueblo a salir de toda iglesia que transgreda la ley. ¿Por qué hace Dios este último llamamiento ahora? Nos dice Apocalipsis 18: 5: «Pues sus pecados se han amontonado hasta el cielo, y Dios ha tenido presentes sus maldades».

Llega un momento en que Dios dice «Basta».

En los días de Noé, Dios dijo «Basta».

En los días de Sodoma y Gomorra, Dios dijo «Basta».

En los días de Babilonia, Dios dijo «Basta».

En los últimos días de la historia de la tierra, Dios dirá «Basta».

Sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios ha tenido presentes sus maldades.

¿Dónde estamos nosotros en la corriente del tiempo? ¿Dónde nos encontramos en el panorama de los eventos de los últimos días? Nos hallamos al borde de una unión religiosa, política y económica.

Las cifras acumuladas de pecado están rápidamente llegando al límite en el libro de registros de Dios.

El Señor está preparando un pueblo que proclame las maravillas de su gracia, la grandeza de su amor, la bondad de su carácter, la justicia de su ley y la belleza de su verdad. Dios está actuando. Se dispone a hacer algo grande por medio de su pueblo: «Y esta buena noticia del reino será anunciada en todo el mundo, para que todas las naciones la conozcan; entonces vendrá el fin» (Mateo 24: 14).

Dios tendrá un grupo de personas que se han bafiado en su justicia y están justificadas por su gracia santificada por su poder. Ellas aman su verdad, viven su verdad y proclaman su verdad. No se preocupan por la fama terrenal ni por honores humanos. La posición, el prestigio y las alabanzas mundanas significan poco para ellas. Con el apóstol Pablo, dicen: «Porque para mí, seguir viviendo es Cristo, y morir, una ganancia» (Filipenses 1: 21). Cristo es todo para tales personas. Capacitadas por su Espíritu, proclaman su amor y comparten su gracia. La tierra es iluminada por la gloria, el carácter, de Dios.

En el crepúsculo de la historia humana, en estos momentos decisivos de la crisis, ¿le gustaría a usted decir: «Jesús, elimina todo mi orgullo humano, ayúdame a confiar en ti y solo en ti, hazme como tú quieres que sea, y mantenme fiel hasta que vengas de nuevo»? Si esa es su oración, ¿por qué no dedicar un rato de silencio a abrir su corazón a Jesús y entregar su vida plenamente a él? Si usted ya es un cristiano comprometido, él le invita a dar un paso más en su experiencia cristiana y a rendirse más plenamente a él ahora mismo. ¿Por qué no reconsagrar su vida a Jesús en este mismo instante? Usted puede ser parte de un erosivo movimiento de Dios en estas horas culminantes de la historia de la tierra. ¿Entregará su vida completamente a él justo ahora?